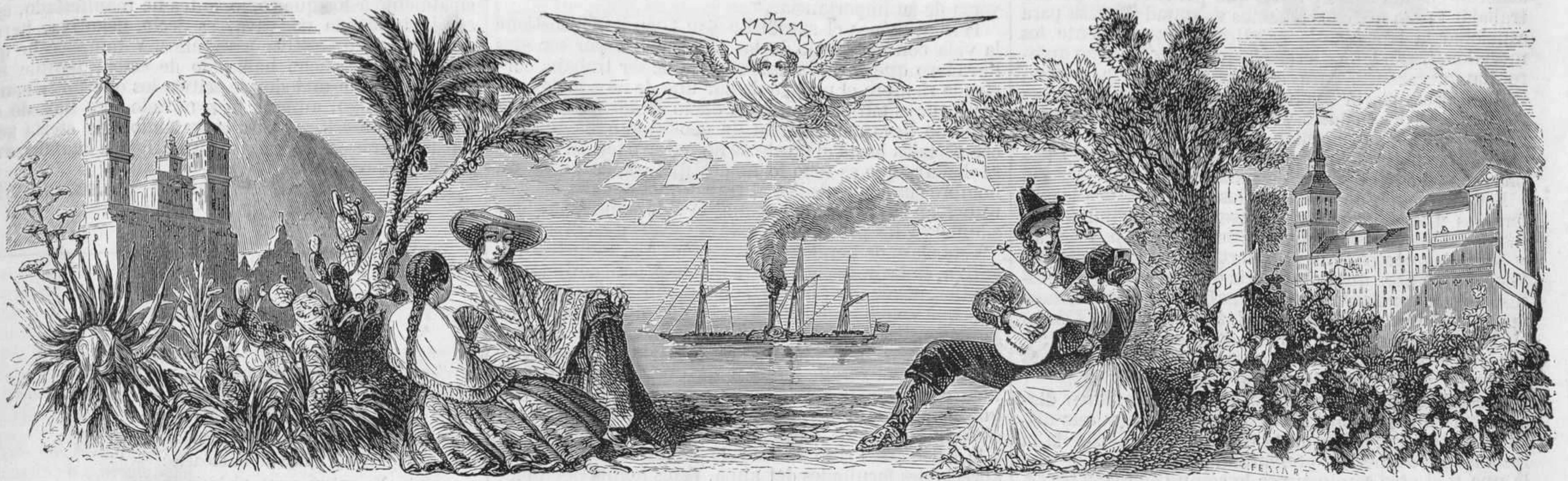


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 41.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El Hipódromo de Satory; grabado. — La vida gratis. — Fábulas; el muchacho y la vela; la campana de Toledo. — Historia de la semana. — La Persia; grabados. — Los talismanes. — Viajes; grabados. — Enriqueta. — La Australia. — La barba y el café en Oriente; grabados. — Smarra. — Un junco chino; grabado.

El Hipódromo de Satory.

El 16 de setiembre hubo una gran fiesta en el hipódromo construido en el campo de Satory para diversion de las tropas. El circo que se ve en nuestro grabado, con nueve filas de bancos, tiene un diámetro exterior de 120 metros, y se halla sólidamente construido. El espectáculo que presentan los 7,000 soldados vestidos de toda gala que asistieron á la fiesta era imponente y magnífico; los regimientos se hallaban separados unos de otros por líneas de zapadores cuyas gorras de pelo formaban una demarcacion entre los regimientos; la

caballería de reserva con sus bruñidos cascos aumentaban el brillante aspecto de esta funcion militar.

El Emperador y la Emperatriz presidieron la fiesta bajo un dosel que les habia sido dispuesto. En cuanto llegaron SS. MM., que fueron recibidas por las aclamaciones de las tropas, principió el espectáculo ecuestre por los artistas del Hipódromo de Paris, que representaron la escena del *Campo del paño de oro*, brillante imagen de un torneo en tiempo de Francisco I.

A las cinco se acabó la funcion, y SS. MM. visitaron de paso el campo militar, que se hallaba engalanado con banderas y trofeos.



El Hipódromo en el campo de Satory.

La vida gratis.

Desde que el hombre fué condenado á ganar el pan con el sudor de su frente, son muchas y muy variadas las trazas que su ingenio le ha sugerido para satisfacer sus muchas y variadas necesidades. Todos estamos de acuerdo en una cosa, y es en que para vivir es preciso trabajar; pero no todos tenemos voluntad ó fuerza para sancionar la teoría en la práctica, y generalmente los meridionales andamos á caza de pretextos, que no quiero llamar razones, para disculpar la pereza. «Mira, Pepito, decía cierta madre á uno de sus hijos; debes madrugar todos los días, porque has de saber por haber madrugado tu amigo Juan esta mañana, se encontró una bolsa llena de oro. — Madre, respondió Pepito, mas madrugó el que la había perdido.

Este diferente modo de ver las cosas produce las diferentes fases ó formas que presenta esa virtud á que los economistas dan el nombre de actividad individual, y sobre las cuales fundó su doctrina social el célebre Fourier, hombre que como decía de sí mismo J. J. Rousseau hacia constantemente el mal queriendo constantemente el bien, no calculando los inconvenientes de su sistema falanteriano, y así donde él se proponía edificar una especie de ciudad de Jauja, lo que hacia era construir una especie de presidio modelo.

Verdad es que los enemigos del trabajo tienen disculpa si no razon para hacer lo que hacen, y esta disculpa está en la poca equidad con que la sociedad da la recompensa al mérito, presentando el fenómeno de que la una y el otro caminen por lo comun en razon inversa. En efecto, ¿qué aliciente tiene en su trabajo un escritor dramático, por ejemplo? Escribe una comedia que le vale tres ó cuatro mil reales cuando mas, de modo que aun viviendo con alguna escasez, es necesario que escriba otra comedia en el término de otros tres ó cuatro meses, y ha de repetir esta operacion periódica toda su vida aunque se muera de cansancio para no morir de hambre. En cambio otro ciudadano que no tiene gana de romperse la cabeza tanto como el poeta en el estudio y la meditacion se hace cómico; aprende de memoria cuatro ó seis papeles que repite como un papagayo toda su vida, y por este trabajo tan fácil como sencillo gana cuatro, seis ú ocho mil duros anuales, en vista de lo cual debemos calificar de insensato al que quiere trabajar mucho y ganar poco, pudiendo trabajar poco y ganar mucho, esto es al que emplea tres ó cuatro meses en escribir un papel para vivir en la escasez, en lugar de emplear tres ó cuatro horas, y cuando mas tres ó cuatro días en estudiar y ensayar dicho papel para vivir en la abundancia.

El mismo paralelo puede hacerse entre los compositores de música y los cantantes. Rosini, Donizzetti y otros autores han debido poner un gran capital de talento y de trabajo para producir tantas óperas como han producido. ¿Y qué fruto han sacado de ese capital? Ninguno si se compara al que sacan en un solo papel, y á veces un una sola noche Moriani, Ronconi, la Persiani, la Alboni y otros y otras que acaban en *ani* ó en *oni*, sin talento, sin mas mérito que el de tener mas ó ménos pulmon.

Si delarte pasamos á otros ramos del entendimiento y de la industria, encontraremos infinitas pruebas para hacer patente la injusticia con que la sociedad premia el trabajo. Nadie me negará que el ejercicio del baile por ejemplo es ménos enojoso, ménos difícil y ménos útil que el cultivo de la ciencia. Los hombres que se consagran á estudiar los fenómenos celestes y físicos como Leverrier y Arago, que sistematizan la botánica como Jussieu, ó la toxicología como Orfila ó descubren telescopios como Herschel, ó máquinas ingeniosas como Daguerre, ó dan aplicacion á la electricidad y al vapor como han llegado á realizarlo otros sabios, estos hombres puede decirse que sacrifican la mitad de su vida en provecho de la humanidad, pero esta tiene la inhumanidad de premiar con el desden ó cuando mas con una pension despreciable á los que en cada descubrimiento multiplican los productos de la industria y de la tierra al paso que tributa su oro y sus aplausos á cualquier bailarín que tiene la poca aprension de bailar. ¿Qué habrá ganado M. Arago al cabo de los muchos años que ha dedicado al estudio y lo que es mas, despues de las importantes investigaciones con que ha enriquecido la ciencia? Méno de lo que en una semana ganan la Grissy ó la Cerito haciendo piruetas en el teatro de la grande Opera. Y ya que viene á pelo hablar del marido de esta, el célebre San Leon, el mejor testigo á que podemos recurrir para demostrar la evidencia de mis reflexiones. Este hombre singular tiene la cuádruple gracia de bailar bien, tocar primorosamente el violin, manejar el pincel como un Vernet, y conocer la medicina como un Hipócrates. Cualquiera de estas habilidades basta para ganar la vida, y cualquiera que no fuese San Leon, preferiria en igualdad de circunstancias la profesion de médico á la de pintor ó músico, no solo porque á los ojos de toda persona un poco grave la ciencia está encima del arte, sino porque la satisfaccion de aliviar á la humanidad doliente debe dominar á los ejercicios de puro recreo, como seria natural anteponer el pincel y el violin al arte de hacer cabriolas, siquiera por lo que este último pugna con la dignidad del hombre. Pues bien, San Leon, que ha entendido las cosas al revés, no se dignaria, por nada del mundo, tomar el pulso á un enfermo; raras veces se acuerda del pincel, toca de cuando en cuando el violin, y casi todos los días baila que se las pela. ¿En qué consiste esto? He dicho mal cuando he dicho que San Leon entiende las cosas al revés; al contrario, hace lo que

haria en su pellejo cualquiera que no fuese tonto: sabe que un mal bailarín gana cinco veces mas que un regular violinista, quince veces mas que un buen pintor, y veinte veces mas que la generalidad de los médicos. No es por lo tanto culpa de San Leon el invertir el orden de sus conocimientos, prefiriendo lo fútil á lo útil, sino de la sociedad que premia el mérito en razon inversa de su importancia.

Pero al ménos el susodicho San Leon baila, sostiene la vida con el trabajo de los piés, que no por ser mas llevadero que el de la cabeza deja de ser trabajo, corriendo siempre el peligro de dar uno de esos malos pasos á que es tan ocasionado el oficio de danzante. Otros hay que llevan su espíritu de oposicion á las injusticias sociales hasta el punto de no hacer nada, ni siquiera bailar, que es todo lo ménos que puede hacer un hombre cuando se dedica al trabajo, y estos son los que resuelven el problema de ganar la vida como los pobres adquieren los pasaportes; esto es, *gratis y sin enmienda*.

Esta clase de hombres consagrados á la industria negativa, es decir, negativa para los otros, pero positiva para ellos, puede dividirse principalmente en dos especies, una que vive haciendo préstamos y la otra empréstitos, y vean ustedes por que distintos medios puede llegarse á los mismos fines. La primera, ó sea la de los prestamistas, es poco numerosa por fortuna, pero domina en todo el mundo por desgracia: compónese de hombres que tienen el corazon de oro, no porque sea mas precioso que el de los demás, sino porque han dado asilo á la bolsa en el sitio donde solo debian residir las mas apreciables facultades del alma. Estos hombres empiezan con un pequeño capital que de año en año crece como la espuma, y acaban por hacerse millonarios; ejercen la misericordia prestando al que no tiene, pero le llevan, dos, tres reales, y aun una peseta por duro al mes, lo que produce un interés que ya merece el nombre ó apellido de usura. Y no pueden disculparse diciendo que arriesgan el capital prestado, porque ántes de aflojar la mosca exigen una garantía, de modo que á veces prefieren los deudores que no pueden pagar á los que pagan al corriente, pues hay hombre que hipoteca su casa porque le presten una onza, y al cabo de poco tiempo se queda sin la onza y sin la casa.

Como el dinero es tan poderoso caballero, los que cuentan con su favor no tienen mas miedo á los gobiernos que compasion de los pobres, y este es el gran recurso de los prestamistas que alivian los dolores del Erario como los de los pobres, multiplicándolos. Pero los que mas pagan el pato son los cesantes, que suelen en sus días de apuro empeñar la paga de algunos años por una ó dos mesadas, todo lo cual hace que el capital del prestamista vaya siempre en aumento, y no por eso se dirá que el prestamista trabaja, porque eso de dar uno para recibir ciento creo yo que debe costar muy poco trabajo.

La clase de los que viven de empréstitos es mas numerosa y variada, pudiendo dividirse y subdividirse en muchas especies de las cuales solo mencionaré unas pocas. Figura en primer término el facineroso, verdadero socialista, que considera la propiedad como un robo, razon por la cual cuando despoja á un hombre de lo que es suyo, todavia le insulta llamándole ladrón. Este tipo solo vive gratis algun tiempo, pues regularmente llega un día en que paga con la cabeza lo que ha hecho con las manos, y á la verdad es preciso decir que la sociedad ejerce de vez en cuando alguna usura en esa cosa que decora con el nombre de vindicta pública.

Despues del bandolero viene el estafador, mas infame que el otro, porque roba con ménos exposicion haciendo con el engaño lo que no es capaz de hacer con la fuerza. Este finge posesiones que no tiene, presenta garantías que no existen, y remeda la firma de todo el que sabe firmar, pudiendo asegurarse que su pluma causa mas estragos que una navaja.

Otro tipo hay digno de estudio entre los que se dedican á la vida gratis, y es el de los que no roban ni estafan, porque solo abusan. Estos hombres se echan el alma atrás, consagran el tiempo á adquirir relaciones en todas las clases de la sociedad, haciendo que cada una les pague su contingente. Al rico le sacan dinero, al sastre ropa, al empresario de teatros, billetes, y al escritor libros. Vense en efecto muchísimos hombres que no tienen fortuna ni profesion, y sin embargo se sostienen con lujo, asisten á todos los espectáculos en los mejores asientos, y sin suscribirse jamás á una publicacion llegan á hacerse con una biblioteca. Si me preguntan ustedes de qué medios se valen estos hombres para obtener durante tanto tiempo gratis la vida y los placeres, no sabré que responder, pero no por eso es ménos cierto que estos hombres existen, burlándose de los que trabajan para ganar de comer, cosa que les parece de mal tono, y de los ricos generosos á quienes debian mirar como hermanos y solo consideran como primos.

Ya que he hablado de los que hacen biblioteca con libros ajenos, debo hacer mencion de otra clase de hombres mas temibles que estos, pues no contentos con tener libros sin comprarlos, publican bajo su nombre obras que no han escrito ni son capaces de escribir, en cuyo tráfico ganan libros, dinero y nombre literario. Esta por desgracia es una clase bastante numerosa y debe comprenderse tambien en la de los que ganan la vida gratis, aunque no puede decirse que los individuos de este gremio no hacen nada, puesto que hacen plagios.

A las indicadas clases pueden añadirse otras si se quiere alambicar un poco el pensamiento. Por ejemplo, el célebre caricaturista Cham ha descubierto que los cocheros y lacayos andan en coche gratis, los que sirven

de modelos á los pintores se ven retratados gratis, los que entran en la cárcel, tienen habitacion gratis, los malos cómicos á quienes el público tira naranjas, comen esta fruta gratis, y por último, los que se ahogan toman un baño gratis; pero estas clases podrian ir hasta el infinito, y además nunca he pensado hacer de ellas una parte integrante de este artículo dedicado principalmente á los que como ántes he manifestado, ejercen la industria negativa, es decir, negativa para la sociedad, pero positiva para ellos. Y tampoco he querido insistir mucho hablando de estos; porque poco caso harian de una simple crítica los que no tienen temor al castigo, aunque bien mirado algo hay de castigo en toda crítica, porque tratándose de cierta gente puede decirse que se empieza á castigarla cuando se empieza á conocerla.

J. M. VILLER GAS.

FÁBULAS.

EL MUCHACHO Y LA VELA.

Traducción del francés.

Dijo una vez á la encendida vela
Un chico de la escuela:
Yo quiero como tú lucir un día.
La vela respondió: La suerte mia
Solo es angustia y humo:
Brillo, sí; mas brillando me consumo.

LA CAMPANA DE TOLEDO.

Se rajó al primer toque
La soberbia campana de Toledo,
Y suena, siglos ha, mal, tarde y quedo.
Piensa dejar don Antolin Bodoque
Pasmado al orbe y mudo
Con su drama precoz, *Roma incendiada*:
Fácil es que su genio campanudo
Rebiente á la primera campanada.

J. E. HARTZENBUSCH.

Historia de la semana.

Los primeros días del otoño han devuelto á los paseos, teatros y demás diversiones públicas ese brillo y esos esplendores que se eclipsan enteramente en el estío. No es decir por esto que los que huyeron de los rigores imaginarios de un verano que no tuvo de tal sino el nombre, hayan vuelto ya de sus elegantes excursiones, pues estos, en su mayor parte, prolongan su ausencia hasta el mes de noviembre; pero sin embargo, á pesar de esta falta, que donde mas se echa de ver es en los salones, Paris se ha reanimado estos días con la apertura del teatro de la Opera, y la representacion de varias piezas nuevas debidas á las plumas de autores distinguidos.

Además, las agitaciones del mundo financiero han producido peripecias visibles á los ojos de todo el mundo. Los favorecidos por la fortuna se apresuran á inaugurar la estacion de los placeres, presentándose en los Campos-Eliseos á estrenar su lujo nacido de ayer, próximo quizás á morir mañana. Este famoso paseo es el centro donde relucen todas las pretensiones, todas las vanidades parisienses. Para los que concurren á menudo á los Campos-Eliseos, es un curioso espectáculo el que presentan esos nuevos rostros que aparecen de súbito en el mundo elegante; gentes hinchadas de júbilo, que sorprendidas tambien de su fortuna, tienen que abrir grandemente los ojos de cuando en cuando para asegurarse de que están despiertos. Es de advertir que muchos de ellos no se hallaban preparados para la metamorfosis; algunos se han enriquecido casi sin quererlo, por acaso, porque los tontos suelen tener de su parte á la Providencia. ¡Cuántas ridiculeces en flor! El invierno será divertido con estos huéspedes.

Pero afortunadamente la Providencia dispensa tambien sus favores á los que lo merecen, y en prueba de ello vamos á trasladar aquí una historia que prestaria asunto para una comedia.

Entre las varias familias de alto rango que no han salido de Paris este verano, se cuenta una compuesta de dos nobles señoras, madre é hija, orgullosas ambas tanto por su ilustre nacimiento, como por la inmensa fortuna que disfrutaban. La jóven tiene aduladores á montones, y la madre alienta las lisonjas, sin conocer las imperfecciones y defectos de la que es únicamente para sus cortosanos un objeto de sordida codicia.

Estas dos señoras tienen á su lado de doncella una pobre jóven modesta y preciosa, una huérfana reducida por la desgracia á esta humilde condicion, que soporta resignada los desdenes y dureza de la madre y de la hija.

Entre los amigos de la casa se cuenta un viejo general sumamente rico, de corazon franco y generoso, que ha estado ya cien veces para romper con la condesa y con su hija; pero el interés que le inspira la huérfana le ha dado fuerzas suficientes para violentarse y para persistir en sus visitas cotidianas.

El buen anciano no ha podido ver sin conmoverse la paciencia y dulzura de la jóven, su melancólica sonrisa y el admirable valor que opone á su triste suerte. La condesa y su heredera la hablan siempre en tono imperioso; la humillan sin cesar, la

privan de todos sus gustos; el paseo la está prohibido, y cuando hay fiesta en la casa, ella debe retirarse á su cuarto. Testigo de este odioso tratamiento, el general ha sabido contener su indignacion, lo mismo que disimuló su simpatía para poder libertar á la jóven de aquella esclavitud, y asegurarla una existencia independiente y dichosa.

Pero á veces sucede que con la mayor voluntad del mundo es muy difícil hacer bien; el general no podía abandonar una parte de su fortuna en favor de la huérfana, pues esto hubiera sido exponerse á la malevolencia de la gente; en cuanto á casarse, además de los años del general, habia otro obstáculo, la jóven amaba, y este amor era precisamente otra causa de sufrimientos y de pena.

De todos los jóvenes admitidos en casa de la condesa uno solo habia que no hiciera la corte á la rica heredera, á pesar de las coquetterías de esta, absorbido como lo estaba por la inclinacion que le habia inspirado la huérfana, y á la cual ella correspondia secretamente. Solo el general con su perspicacia de protector solícito y sincero habia penetrado el misterio.

Si el general era demasiado viejo para casarse, el jóven por el contrario se hallaba en la edad propia para el caso; pero por desgracia dependia enteramente de una familia que jamás le hubiera permitido el contraer matrimonio con una mujer pobre.

Por fin, el enamorado tuvo que ausentarse este verano para acompañar á su padre en un viaje á Inglaterra, y la huérfana se quedó desconsolada, cuando un incidente, de poca importancia en apariencia, produjo para ella un cambio de fortuna.

Tres mil francos la cayeron del cielo una mañana, por herencia de un pariente lejano, á quien nunca habia visto.

— ¿En qué va Vd. á emplear ese dinero? preguntó el general.

— No lo sé todavía, respondió la jóven con indiferencia.

— Empleados con acierto esos tres mil francos, ¿quién sabe lo que darán de sí? Muchos especuladores principiaron con ménos; yo pienso comprar algun papel, y si Vd. quiere le daré una parte en mis primeras operaciones.

— Por mí dispuesta estoy, si la señora condesa lo permite, respondió la huérfana.

— ¿Y qué me importa á mí eso? respondió con sequedad la condesa; es Vd. libre de hacer lo que quiera con su dinero.

Y la caritativa señora pensó para sí: « Pronto perderá sus tres mil francos. »

El general, con plenos poderes de la huérfana, se fué á la Lonja para saber cuales eran las acciones que estaban en alza aquel día; el ferro-carril del Norte iba viento en popa; esto era bastante para sus planes.

— He gastado todo su dinero de V. esta mañana, dijo por la tarde á la huérfana; el periódico de esta noche nos dirá cómo nos ha tratado la fortuna.

El periódico llegó en efecto, y el general fingiendo una alegre sorpresa exclamó:

— ¡Victoria! Sesenta francos han subido, de modo que ya hemos doblado la fortuna, señorita.

— ¿De veras? preguntó la huérfana sin conmoverse.

— ¡Muy bien, muy bien! exclamaron irónicamente la condesa y su hija.

— Y continuaremos, ¿no es verdad? repuso el general.

— Como Vd. quiera, contestó la jóven.

El general volvió el otro día á la Lonja para continuar su especulacion, que consistía únicamente en averiguar cuales eran los valores que mas habian subido.

El general anunció que habia comprado quinientas acciones del camino de Estrasburgo para él y ciento para la jóven, y por la noche se repitió la comedia de la víspera, con igual desagrado por parte de la condesa y de su hija.

Los días siguientes la fortuna siguió siendo propicia, de modo que aquella felicidad constante y prodigiosa hizo bastante ruido; la huérfana, rica ya, principió á hacerse interesante aun para los jóvenes que obsequiaban á la hija de la condesa.

Por fin el general continuó la especulacion, hasta que pudo poner en manos de la huérfana la suma de cuarenta mil duros.

— Ya ve Vd. que tengo buena mano, la dijo; ahora se trata de un buen matrimonio.

La jóven se sonrojó, pues habia conocido que el general lo sospechaba todo.

Esto pasaba hace pocos días; el jóven volvió de su viaje, y la familia otorgó al punto el consentimiento que nunca se niega á la riqueza.

He ahí, pues, como el agiotaje ha ayudado una vez á la filantropía para hacer la felicidad de dos jóvenes que le bendicen.

Entre los extranjeros de distincion que habitan en Paris este verano, se cuenta un diplomático inglés que se casó hace pocos meses con una francesa de noble nacimiento. La vuelta de este personaje ha producido en el mundo parisiense un movimiento de curiosidad justificado por las rarezas y singularidades de carácter propias de su raza británica.

El diplomático en cuestion no se ha visto desde la juventud en las regiones sociales donde se halla hoy, á causa de su mérito; de modo que lejos de haber modificado sus defectos á beneficio de una educacion esmerada, la violencia natural de su carácter hubo de llegar á un punto en que la correccion era ya poco ménos que imposible.

La fortuna le llegó tarde, lo mismo que los honores, y cuando el diplomático se presentó por primera vez en la sociedad parisiense, los observadores envidiosos de toda prosperidad notaron que sus buenas cualidades se hallaban oscurecidas por los defectos á cual peores, la avaricia y un mal humor constante.

El segundo de estos defectos era terrible para su jóven esposa, que, acostumbrada á la urbanidad parisiense, hubo de sentir desde los primeros días de su matrimonio los efectos del mal carácter de su esposo.

El descubrimiento era muy triste; toda la felicidad conyugal quedaba destruída, y era necesario que la jóven esposa se hallase dotada de una rara virtud para que no sucumbiera u

ternura en aquellas pruebas en que tenia que sufrir injurias, humillaciones y dolores.

Un día, despues de una disputa casera que habia estallado delante de varios testigos, el iracundo esposo entró en su cuarto, donde le siguió uno de sus amigos verdaderos, un hombre que tenia toda la confianza suficiente para hablarle en los términos que merecia.

De este modo, sin hacer caso del furor en que el otro se hallaba, le reprendió enérgicamente por su conducta tan poco digna de una persona que se respeta. El culpable le oyó con aire sombrío, y cuando el amigo terminó su discurso, le respondió:

— Merezco esas reconvenciones, y yo mismo estoy ahora que el diablo me lleva. Pero ¿qué quieres? No puedo corregirme; me incomodo, me encolerizo, y lo olvido todo. Despues de la crisis me avergüenzo, me desespero, pero no obstante media hora despues soy capaz de hacer lo mismo.

— Es una fatalidad.

— Y muy grande.

— Pero sin embargo necesitas corregirte.

— Sí, necesito una buena leccion y voy á dármele, repuso el culpable.

Y dicho esto, se paseó algunos minutos por el cuarto, andando de prisa y sumergido en un silencio sombrío. La expresion de su fisonomía, las arrugas de su frente manifestaban un pensamiento penoso, y ponian en evidencia la terrible lucha que agitaba su ánimo; despues, firme ya en su resolucion, abrió una gaveta de su escritorio, y sacó de ella un billete de banco de mil francos.

Su amigo le miraba con sorpresa, sin comprender lo que queria hacer, pero nuestro hombre retorció el billete, le arrimó á una luz, le encendió, y le tuvo entre los dedos hasta que quedó reducido á ceniza.

El amigo estupefacto al ver esta accion tan estrambótica sobre todo en un hombre cuya avaricia era conocida de todos, se levantó y corrió hácia él.

— Déjame, le dijo el avaro con voz ahogada.

— ¿Pero te has vuelto loco?

— No.

— Entonces no sabes lo que te haces.

— Lo sé muy bien..... me castigo.... Juro por mi honor que cada vez que me suceda el tratar mal á mi mujer, me castigaré como acabo de hacerlo, y en mi parte mas sensible, que es el amor á las riquezas.

— Pues yo recibo tu juramento, y admiro el sacrificio, respondió el amigo.

El juramento se sostuvo con una lealtad heróica y constante. Desde aquel día el avaro pagó religiosamente las faltas del mal esposo. Despues de una escena de violencia comparecia ante su tribunal, y sometiénose á la ley que se habia impuesto, pronunciaba su fallo sin apelacion. El delincuente abria la rica gaveta que contenia su tesoro, y pálido y temblando con el dolor que le causaba el sacrificio, tomaba un billete de banco y le quemaba.

La expiacion era siempre proporcionada al delito; habia una tarifa en escalafon sobre los grados que tenia la ofensa. Por la injuria simple, un billete de 500 frs.; por la injuria delante de testigos, 1,000 frs., y si la accion habia acompañado la palabra, se doblaba esta última suma.

El que cuenta esta historia asegura que á estas horas el inglés ha quemado treinta y cinco mil francos; pero gracias á Dios, su estado ofrece ya alguna mejoría, y los autos de fé se verifican mas de tarde en tarde. Él se halla en la creencia de que curará radicalmente; así lo deseamos.

MARIANO URRABIETA.

2 de octubre de 1853.

La Persia.

Segundo y último artículo. — (Véase el número anterior.)

Meched, capital del Khorassan, no tiene otra importancia que la que le han dado en varias épocas sus luchas intestinas. Su poblacion pasa por excesivamente fanática.

Khoum es una ciudad santa; posee los restos de Fatme, nieta de Alí, y la cúpula de oro que corona el mausoleo consagrado á su memoria, sirve de guia á los muchos creyentes que van allí peregrinando desde las fronteras mas lejanas de la Persia.

Feth-Ali-Chah se habia elegido este venerable lugar para su sepultura, y tanto por piedad como para atraerse el favor de los imanes guardianes del santuario, lo colmó de riquezas. Él fué quien hizo cubrir la cúpula de placas de oro, y cincelar la puerta de plata maciza ante la cual se arrodillan los peregrinos. La tumba real, mucho mas modesta, no se reconoce sino por la figura del rey, esculpada en alabastro, y acostada sobre una cama de la misma materia, semejante á nuestras tumbas de la edad media.

Kachau, ciudad populosa y manufacturera, es además notable por sus baños.

La mas grande y hermosa de las ciudades de la Persia, es Ispahan, que aunque decaída de su esplendor antiguo, ha conservado el aire de capital. (Véase el grabado.)

Sus vastas mezquitas en cuyas cúpulas brilla el esmalte; sus elevados minaretes, sus inmensos bazares, sus palacios cuyas ruinas son todavía suntuosas, su gran plaza del Chah, sus paseos, sus puentes, su rio, todo atestiguan el rango que ocupó Ispahan, y el que sus obras artísticas le conservan en Oriente.

Por desgracia los bazares están desiertos, las tiendas son tan escasas como los compradores, las emigracio-

nes, los cambios de residencia del gobierno, la guerra y otras causas han contribuido á disminuir la poblacion y acrecentar las ruinas.

Sin embargo, bajo la sombra de los grandes árboles seculares, y casi olvidada bajo las ruinas, se oculta una humilde morada creada por el Príncipe Lefid-Dovlet-Mirz, hijo de Feth-Ali-Chah. Esta encantadora habitacion encierra todo lo que la imaginacion ayudada del arte puede engendrar de mas delicado y galante. Esta herencia epicúrea consiste en un terrado sembrado de caprichosas flores que derraman los mas suaves perfumes. Hay un cuarto misterioso donde no entra un rayo de luz, sino á través de los vidrios pintados y de los transparentes adornados con graciosos dibujos. El pié halla por todas partes una alfombra gruesa y primorosamente sembrada de ramilletes, en fin, todo hace allí la ilusion de un cuento de hadas.

Una cortina se descubre, aparece un nuevo salon, y el sueño continúa. Es la pieza del baño: véase allí un pilon lleno de un agua limpida y profunda que recibe en su seno diez y seis cariátides agrupadas, que soportan cuatro columnas de cristal esmaltado de oro: en medio sale un caño de agua en forma de abanico, cuyas gotas caen sobre el mármol; por todas partes se encuentran excelentes pinturas, ricos mosaicos y espejos que multiplican estos objetos encantados.

Tal es la habitacion de un persa, discípulo de Hafiz, que huyendo de la miseria general se construyó aquel pequeño paraíso.

La Gran Mezquita es la mas vasta y bella de toda la Persia, y lo que en ella hay mas digno de atencion son los mosaicos, los esmaltes y las esculturas en alabastro que la decoran. (Véase el grabado.)

Entre los admirables trabajos debidos á los sucesores de Chah-Ismael, deben citarse los atrevidos y elegantes puentes construidos sobre el rio Zandih-Voud, y de estos los mas notables son el de *Alaverdi-Khan* y el de *Poul-Kadiu*, ambos horizontales y guarnecidos de murallas, en el espesor de las cuales se abre comunicacion interior para una galeria lateral que domina al rio. (Véase el grabado.) Los habitantes de la ciudad se complacen en pasar estos puentes, donde van á tomar el fresco de la tarde. El primero de estos puentes da paso al agua por treinta y cuatro arcos; el segundo es mas corto y no tiene mas que veinticuatro.

Kerman y Yeyd son ciudades industriales, donde se fabrican chales y telas de seda; la segunda cuenta entre sus habitantes un gran número de *parsis* ó adoradores del fuego.

Hamadan, la antigua Ecbatana es hoy una ciudad poco importante. Exceptuando algunos restos de poco interés que revelan su pasada gloria, no ofrece cosa digna de verse mas que la tumba de Esther y de Mardoqueo.

Esta se eleva en medio del cuartel judío en una plazuela concurrida en ciertas épocas del año por peregrinos de todos los puntos del Asia que creen en la autenticidad del mausoleo.

Kermanschah es una ciudad fronteriza á la provincia de Bagdad. Poco ofreceria de interesante esta poblacion si no se hallase en la vecindad de un monumento muy curioso del tiempo de los sasanidas, que lleva el nombre de *Tagh-i-Bortan*, y consiste en dos inmensas grutas, cuyas paredes están adornadas de preciosas esculturas. Kermanschah es el pasaje de las caravanas que desfilan por las orillas del Eufrates trasladando los cadáveres embalsamados de los de las personas que por devocion quieren ser sepultadas en la tierra santa de Kerbelah que es donde se encuentra la mezquita de Hussein, hijo de Alí, el gran santo de los *schyitas* de Persia.

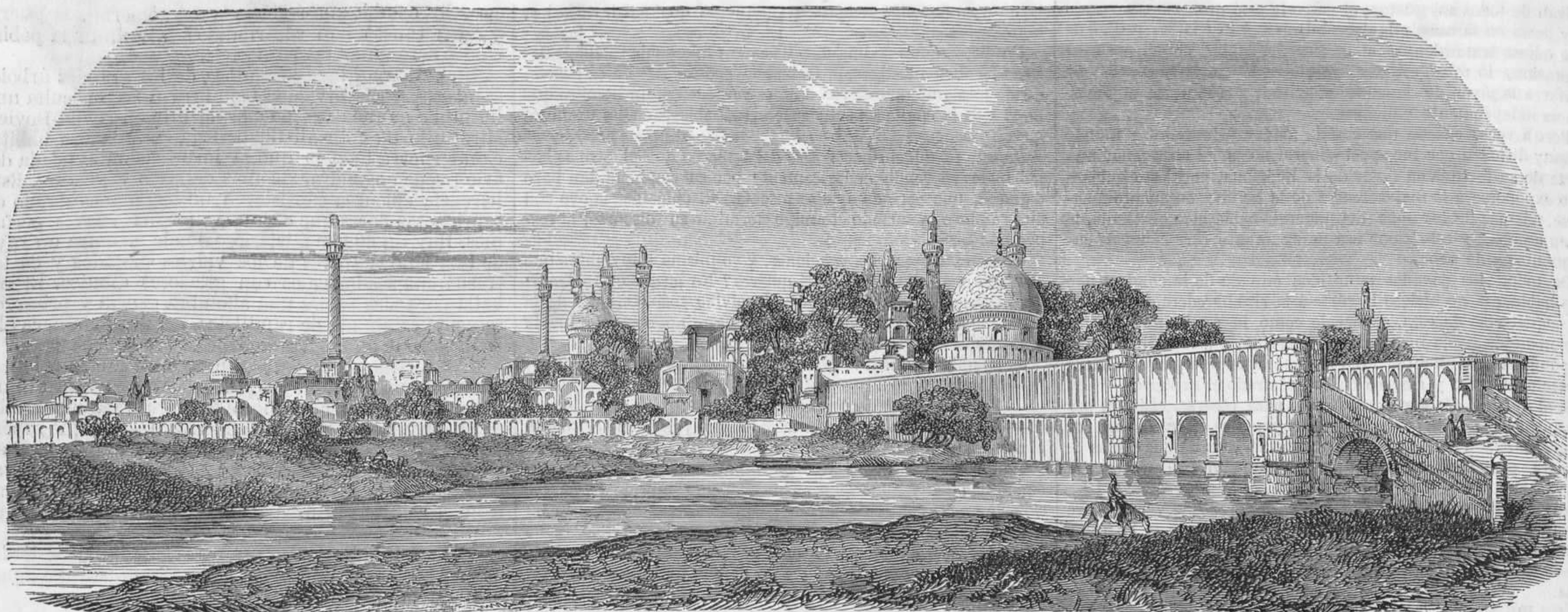
El viajero que sigue el camino de Ispahan al golfo Pérsico por Chiraz, saluda al pasar las imponentes ruinas de Persépolis, las tumbas reales de la dinastia de Aqueménides y las grandes esculturas que recuerdan las fabulosas hazañas de Rustan, el héroe favorito de los persas.

De allí se pasa á Chiraz, ciudad que ha pasado siempre por una de las mas importantes y florecientes de la Persia. Tambien es una de las mas industriales, y las armas que en ella se fabrican gozan de una gran reputacion en el país. Bajo el reinado del usurpador Karim-khan vino á ser la capital del reino, y en épocas mas recientes fué el centro de las composiciones formadas contra la autoridad del soberano legítimo.

Chiraz se envanece con justa razon de haber producido muchos escritores, entre los cuales se cuentan los dos mas célebres poetas del Oriente, Hafiz y Saadi, cuyas obras traducidas al francés no han dejado su gloria extraña á los europeos. Sus sepulturas están religiosamente conservadas, en los jardines vecinos de los muros de su ciudad natal. La de Saadi un poco mas retirada, permanece solitaria entre las yerbas salvajes que han destruído las flores, cultivadas allí en otro tiempo por los admiradores del poeta. Su tumba de mármol tiene por todo ornamento algunas de sus estrofas mas notables.

La sepultura de Hafiz, al contrario, está en medio de un vasto cementerio plantado de cipreses, pinos y naranjeros, cerca de un elegante kiosco. Este lugar no tiene de ningun modo el aspecto triste de un campo fúnebre; es el sitio de cita de los paseantes que van allí á fumar el *kallion*, hojeando y recitando de memoria las páginas del libro del inmortal poeta.

El carácter de estos dos hombres notables parece errar como una sombra al rededor de sus sepulcros. Saadi, moralista, tenia un corto número de discípulos apasionados á quienes no asustaba su moral, teniendo mucho gusto en recibir sus lecciones. Hafiz, verdadero Chi-



Vista de Ispahan.

rano, entregado á los placeres, disfrutando de las delicias de este mundo y esperando las dichas prometidas á los creyentes en el otro, era mas á propósito para agradar á los persas, y debia atraerse un gran número de jóvenes que retrocedian ante la severa filosofía de su rival.

Así, hoy mismo, son muy raros los paseantes que se acercan á la tumba de Saadi, mientras que la multitud se detiene para perder á veces algunas horas en conversaciones frívolas cerca del mármol fúnebre del filósofo epicúreo.

Entre las curiosidades que se hallan en los alrededores de Chiraz, debe contarse la torre de los Mamacenis: el gobernador de Ispahan, *Manutcher-Khan* habia sido encargado de dirigir una expedición militar en las montañas, entre Chiraz y Chuchter, refugio habitual de bandidos, cuyos crímenes habian hecho despertar el celo y severidad de la justicia. Habiendo cogido á algunos prisioneros, el gobernador para aterrar á los otros tuvo la bárbara idea de hacer construir en el plano de Chiraz y cerca de las puertas una torre en cuyas paredes se reservaron tantos nichos como cautivos habia, y allí les hizo meter vivos fabricando luego los nichos. Habíase abierto á la altura de la cabeza un agujero á fin de poder ver en las caras de aquellos desgraciados, pintados los sufrimientos que el dolor y el ham-

bre les hacian pasar. En el día, algunos cráneos y pedazos de ropa se ven solo en aquellas aberturas, y el extranjero asombrado de aquel espectáculo, tiembla al visitar este monumento de la justicia criminal de un gobernador de la Persia.

Bender-Buchir es un puerto del golfo Pérsico, poco favorecido por la naturaleza. Los europeos se ven allí raramente, y todo el comercio de la India y de la Arabia se hace por medio de barcos que van á Bombay, Mascate y Bassorah.

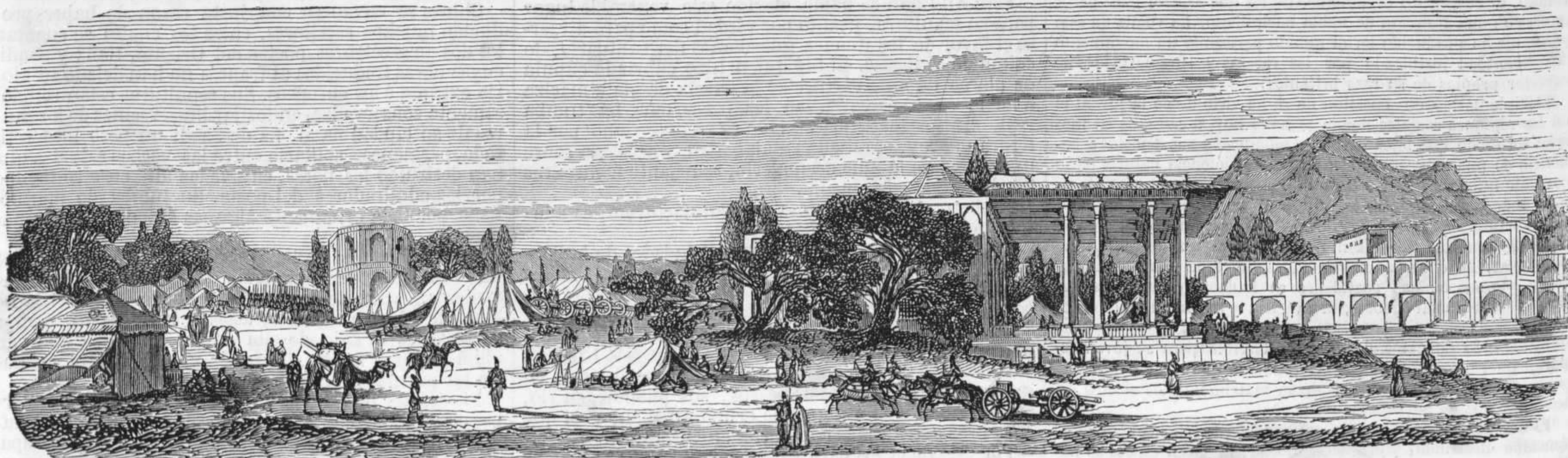
Chuchter es una ciudad que de algun tiempo á esta parte pasa por ser la antigua Suza. Sin embargo, la gran cantidad de ruinas que se encuentran en las cercanías de Dizful, á una jornada de distancia, hacen pensar que aquel debia ser el sitio en que se hallaba la capital de la antigua Zuzania. Allí está el sepulcro de Daniel.

Bender-Abbas es otro puerto que no tiene mas importancia que el de Bender-Buchir. Mas cercano á Bombay que este último, Bender-Abbas debe á esta circunstancia el estar con mas frecuencia visitado por los navíos árabes que hacen el cabotaje entre las costas de la India y las de la Persia.

Así como el reino de Persia se divide en tres zonas diferentes por el clima y las producciones, tambien la población puede dividirse en cuatro grandes clases de ciudadanos, cuyas atribu-



Capitan de infantería. Tambor. Soldado de Khorazan. Artillero.
Irregular. Kurde. Guardia real. Tropa irregular del Sur. Caballero de tropa irregular.
Artillería conducida por camellos.

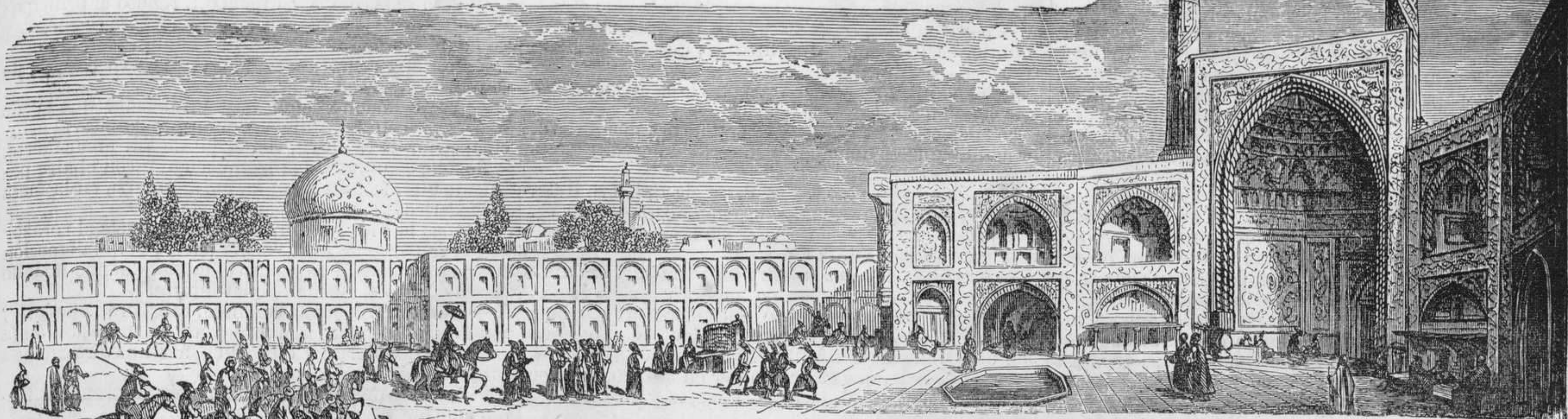


Campamento del chah, en Ispahan.

ciones difieren esencialmente y por lo regular se perpetúan en las familias.

La primera de estas clases, á la que todas las demas rinden el homenaje, es la de los Mollahs, compuesta de

los sacerdotes y los sabios; la segunda es la de los Mirzas ó escritores; en esta clase están comprendidos tambien los hombres de estado, exceptuando el visir ó primer ministro, que siendo el hombre de confianza del



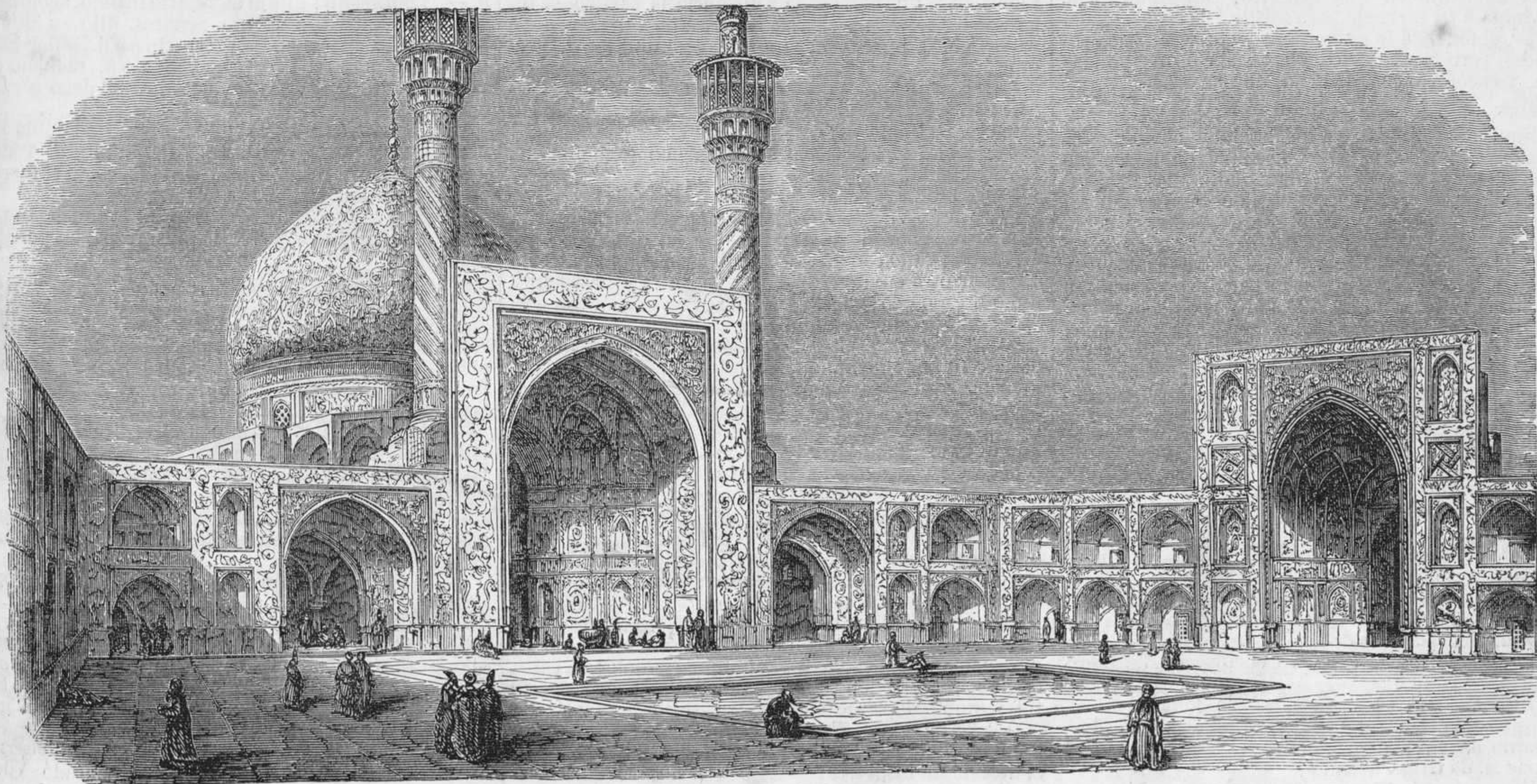
Acompañamiento del chah trasladándose á la gran mezquita.

soberano puede ser escogido entre los Mollahs ó entre los Khans y los militares. La tercera clase es la de los Serbaz ó militares, y la cuarta, ó sea la de los Raias, se compone de todos los cultivadores, artesanos y comerciantes.

El partido de los Mollahs es muy poderoso en Persia, porque puede sublevar el fanatismo, que bien dirigido, es capaz de poner en cuidado al mismo monarca. No hace mucho tiempo que uno de los hombres influyentes de este partido se declaró en rebelion abierta, tanto mas temible cuanto que sus riquezas eran superiores á las del mismo rey. Este estado de cosas no podía durar mucho tiempo; el gobierno envió una division de seis ó siete mil hombres que exterminó á los rebeldes dando á los prisioneros el severo castigo que en aquellos países se acostumbra.



Seide. Derviche. Cadi. Mollah. Grande mollah.



Patio de la gran mezquita en Ispahan.

El campamento real (véase el grabado) cuyas blancas tiendas se agrupan sobre la orilla del Zende-Rud, al rededor del pabellon habitado por el chah, reunia en

pequeña escala las diferentes armas que componen el ejército persa. De estas solo dos están formadas por tropas regulares, la infantería y la artillería. En cuanto

á la caballería dirémos que se compone de los criados del rey, los khans y todos los hombres llamados al servicio en los casos extraordinarios. Estos caballeros son

temibles cuerpo á cuerpo, pero despreciables en masa porque no conocen ninguna disciplina, ni tienen jefes á quienes obedecer, y por lo tanto cada cual combate por cuenta propia. Atacan cuando creen que llevan la ventaja, y huyen cuando temen la derrota. Por lo demás han conservado aquella táctica de los Partos con que se hicieron temer de las legiones romanas.

La infantería y la caballería están organizadas por oficiales ingleses con el fin de que pueda hacer frente á los ejércitos rusos, y el sitio de Herat en 1837 fué un ensayo feliz para la infantería, sobre todo demostrando que nada tiene que envidiar á la de los europeos. La artillería tiene por desgracia los cañones mal contruidos, de modo que esta arma suele ser temible para los mismos que la manejan.

La gerarquía militar no está sujeta á regla fija; el soberano nombra á los oficiales segun su voluntad, y como la desconfianza es tan comun en el Asia como la traicion, el rey suele encomendar la direccion de las tropas á los príncipes ménos temibles por su riqueza y popularidad. Véase en Persia muchos príncipes que viven ateniéndose á la limosna que les dan los soberanos. Esto asombrará á los que no sepan que el último rey Feth-Ali-Chah dejó setenta príncipes varones, de modo que añadiendo á esta cifra los descendientes del actual monarca, resulta un número enorme.

Entre los chah-zadhes, que así llaman á estos príncipes, el mas notable por las cualidades de su corazon, y por sus dotes intelectuales es un tio del chah, Maleh-Kassem-Mirza. Este príncipe generoso y liberal se distingue por la elevacion de sus ideas, su instruccion y el interés con que trata de ponerse al corriente de los conocimientos europeos. Habla seis lenguas, sin contar la suya, que son el francés, el inglés, el ruso, el turco, el árabe y el indostan. Por lo demás es amigo del chah que ha sido su compañero de la infancia en la corte de Abbas-Mirza, padre del rey actual.

Mehemet-Chah es un príncipe dulce, amigo de los europeos, pero tímido y gobernado por un viejo molah, su antiguo preceptor y que goza hoy mismo de toda su confianza en el cargo de gran visir. Tiene Mehemet-Chah treinta y nueve años; es moreno, de ojos negros y grandes bigotes. Sin ser fanático, este príncipe sigue rigurosamente los preceptos de su religion. No bebe vino, ni fuma; tiene un corto número de mujeres, de modo que parece bajo su reinado mas vasto aquel harem que Feth-Ali-Chah hizo construir para seiscientas mujeres. Pero en general podemos decir que esta austeridad de costumbres es poco comun en el Oriente: allí no se comprende la vida sino rodeándola de placeres y de encantos, razon por la cual son tanto mas dignas de admiracion las virtudes del príncipe Mehemet-Chah.

P. B.

LOS TALISMANES.

VII.

En el momento en que Federico, con uniforme de corte, subia á su carruaje para asistir á la recepcion del príncipe, el fondista le entregó un paquete un poco voluminoso, pero bastante pesado. Lo abrió precipitadamente, y encontró tres cartuchos de monedas de oro y una carta.

« Mi querido Federico, yo me habia olvidado de decirte que el príncipe gusta de que se juegue fuertemente, y de que se gane ó se pierda sin alterarse. Esta indiferencia es á sus ojos una prueba de carácter liberal y desinteresado. Juega mucho, pierde, gana, y dobla siempre. El se apercebirá de ello y lo celebrará.

» No olvides á Rodolfo y á Amalia. — La partida está empeñada, hijo mio. Es menester dar duro y pronto, ó eres perdido. Te las tienes que haber con demonios; pero á un diablo, diablo y medio. Está seguro del buen éxito, si sigues mis instrucciones. — Por lo demás, yo no tengo el menor cuidado. Tu pasado me responde del porvenir. Tu valor y tu sangre fria son suficientes contra Rodolfo, y el recuerdo de Constanza contra Amalia.

» No olvides el talisman.

» M. C. R. »

Federico se dirigió al galope á palacio. La reunion era numerosa y brillante. Cuando se anunció al baron Federico de Neuberg, inspector de los dominios, hubo un movimiento general de curiosidad, y todos los ojos se volvieron hácia el recién llegado.

La impresion fué profunda. Federico era encantador. Evidentemente eclipsaba á los caballeros mas brillantes que allí habia. Todas las damas fueron inmediatamente de esta opinion; los hombres se encogieron de hombros.

— ¡Inspector! se susurró. ¡Es una burla! ¡Cómo, ese boquirrubio, ese chiquillo, ese juguete de tocador, ese adorno de chimenea, ese dige!... ¿En qué estara pensando M. de Grossenstein?

— ¡Es cosa rara! dijeron algunas damas. ¿Cómo no se ha visto antes al baron de Neuberg? ¡Qué hermoso es, querida! Es una adquisicion para la sociedad. M. de Grossenstein tiene á veces muy buena mano.

Federico se aprovechó de estas ventajas. Despues de par un apretón de manos al secretario íntimo, se diri-

gió resueltamente hácia la margrave, que estaba en el fondo del salon, y abriéndose paso sin contemplacion á la gente que la rodeaba, la saludó sonriéndose.

— Mi primer cuidado, señora, le dijo, es venir á presentar á Vd. mis respetos... Me ha parecido tan largo el tiempo desde que tuve el honor de ver á Vd., que me era imposible diferir un momento mi saludo.

— ¡Ciertamente, señor baron! Se lo agradezco á Vd. infinito... suponiendo, sin embargo, que sea Vd. sincero.

— No admito que pueda Vd. ponerlo en duda, repuso este con aplomo.

— ¡De veras! ¡Vaya una modestia encantadora! Vd. no admite que se dude de su sinceridad de Vd... eso es demasiado.

— ¡Cómo! no es eso... de Vd. es de quien se trata. ¿Quién podrá dudar que despues de haberla visto á Vd. una vez, señora, se puede esperar sin impaciencia el momento de verla á Vd. la segunda?

El cumplimento estaba muy bien traído, y era muy inesperado para que dejara de producir mucho efecto. Seguramente se hubiera visto encenderse á Amalia á ser aun posible, y si su color encendido no opusiera á ello un invencible obstáculo. Contentóse con responder con una mirada, que dió á conocer en la corte el valor del recién presentado. Los mas famosos y mas favorecidos palidiecieron.

La conversacion continuó algun tiempo en el mismo tono, con la misma libertad y el mismo brillo por parte de Federico. El baron de Grossenstein entró en el intervalo; pero el jóven inspector con la sangre fria que redobla el éxito porque desconcierta á los adversarios, mostró apenas atencion á la presencia del ministro, y continuó monopolizando la conversacion de la sultana y dominando el círculo.

— Mi querido amigo, dijo un viejo cortesano separándose y dando en el hombro á uno de sus colaterales, este es el sol que se levanta. Y señaló con el dedo disimuladamente al baron de Neuberg.

— ¿De dónde diablos se levanta? ¿cuál es su horizonte? dijo este.

— A fe mia, ni visto, ni conocido, pero es todo un porvenir.

— A propósito, dijo el secretario íntimo dirigiéndose cortesmente á Federico. — ¿Suele Vd. jugar, señor inspector?

— Sí, y mucho, respondió el jóven.

— Bueno, las partidas se organizan.

— ¡Enhorabuena! pero yo cuento siempre con la bondad de Vd...

— Esté Vd. tranquilo. No se mueva Vd. hasta el momento en que yo le avise á Vd. Yo vendré á buscarlo á Vd. cuando S. A. quiera verlo. Le he hablado de Vd. y... esté Vd. tranquilo.

Esto fué dicho acompañado de un apretón de manos muy significativo, y de una mirada de inteligencia. Federico se sentó en una mesa de juego, y muy pronto aterrá á sus adversarios con sus fuertes apuestas. En este momento entró el príncipe en el salon, y, segun su costumbre, prohibió á los jugadores que se levantaran, y que interrumpieran sus partidas comenzadas. Paseóse con aire afable é indolente por el salon, miró á derecha é izquierda, y se paró junto á algunas mesas.

Federico jugaba con mucha fortuna, y la tenacidad con que doblaba las apuestas hacia difícil la resistencia. El príncipe, que observaba á distancia la partida, se interesaba y sonreía. Federico acababa de ganar.

— ¡Doblo! dijo con aire indiferente. ¿Admite Vd.? preguntó.

— No, respondió su adversario levantándose con despecho mal reprimido. Otro ocupó su lugar, y ganó la primera partida.

— ¡Doblo! dijo Federico con el mismo tono que antes... y perdió.

— ¡Doblo!... y perdió tambien.

— ¡Bueno, vuelvo á doblar! dijo con indiferencia, esto acabará por nivelarse.

Esta vez ganó con efecto. Su adversario no se atrevió á resistir otro envite y se levantó. Entre los asistentes hubo un momento de duda para reemplazarlo. Sin embargo uno de ellos se decidió.

— ¡Ah, yo estoy solo contra todos! dijo Federico riéndose... Yo hago de banquero.

La ocurrencia pareció original al príncipe, y la celebró riéndose.

— Yo vengo á relevar á Vd., dijo el secretario; S. A. quiere hablar con Vd.

Federico siguió al secretario, quien lo llevó al príncipe, al rincón reservado de la chimenea. S. A. prevenido ya en favor suyo, acogió sus primeras frases con benevolencia. Muy pronto pareció que se interesaba vivamente en la conversacion. Federico, dándole las gracias por su bondad, habia comenzado á decirle su opinion acerca del ejercicio de sus funciones. La discusion se animó; el príncipe aprobaba siempre, y sugeria ideas nuevas que Federico desarrollaba haciendo resaltar su discrecion y conocimientos, citando ejemplos de casos en que su aplicacion hubiera sido útil. El príncipe lo interrumpió de repente:

— ¿Pero, baron, hace ya veinte años, le dijo en un tono familiar, hace ya veinte años que desempeña Vd. el destino de inspector?

— Señor, respondió Federico sonriéndose é inclinándose con respeto la cabeza, no tengo mas que veintidos años.

El príncipe se rió y le dió un golpecito en el hombro con aire satisfecho.

— En efecto, le dijo, yo me engañaba, y le hacia á Vd.

un cumplimento poco lisonjero. Quise decir que hac veinte años que debia Vd. serlo... Todo andaria mejor en el país.

Esta frase, pronunciada en alta voz, fué oída de los circunstantes, en quienes produjo honda sensacion. Todas las miradas se fijaron en Federico.

— Pero cada cosa á su tiempo... repuso el príncipe; ya volveremos á hablar de negocios. Ahora se juega, y yo no quiero privar á la sociedad de su... banquero.

Echóse á reir, hizo un saludo cortés á Federico, y este se retiró y volvió á jugar.

— Vaya, Rodolfo, aquí hay un jugador que puede habérselas con Vd., dijo un momento despues el príncipe; señor de Neuberg, con él puede Vd. jugar fuerte.

Rodolfo comprendió la insinuacion, y con el aire petulente que afectaba siempre, fué á sentarse en la mesa de Federico.

Apénas lo vió el jóven, sintió oprimirse el corazon con el recuerdo de lo que debia hacer; pero la emocion fué momentánea, y se repuso al punto. Cuando Rodolfo se sentó, hizo el ademán de levantarse.

— ¿Quiere Vd. jugar conmigo, caballero... Rodolfo? dijo, haciendo notar marcadamente la supresion de la particula nobiliaria, y dirigiendo á su adversario una mirada de desprecio.

— Ciertamente, contestó este medio sorprendido, medio enojado.

— ¡Ah! en ese caso, dijo Federico, dejándose caer en el sillón con desden.

Estas palabras y estos movimientos no se ocultaron al príncipe. Se admiró, y miró de léjos á los dos adversarios. Rodolfo barajaba, y dió cartas á Federico.

— Vaya, dijo el jóven, arrojándolas á la mesa, no juego con estas.

Los espectadores se levantaron como movidos por un resorte.

— ¡Cómo, caballero! dijo Rodolfo balbuciente y medio en pié.

— ¡Fuera! repuso Federico. Me irrita solo el verme en frente de Vd... Quite Vd. de mi mesa. Y con el guante que tenia en la mano hirió en la cara á Rodolfo.

— ¡Caballero! exclamó este levantándose con cólera. Sino porque estoy aquí...

— ¡Ah, gran Dios! respondió Federico, Vd. me lo habia hecho olvidar...

Y se dirigió rápidamente al príncipe, que habia presenciado inmóvil la escena.

— Señor, le dijo con voz conmovida y una rodilla en tierra, imploro de V. A. mi perdon por la falta de respeto que he cometido. Pero podia yo suponer que ese infame... osaria...

— ¡Infame, caballero! interrumpió el príncipe con vivacidad. Federico se levantó, y repuso con tono de sorpresa:

— ¿Qué palabra puedo emplear para un hombre condenado por la justicia, y que lleva todavía en el hombro la marca de su infamia?

El príncipe se estremeció, y dió un paso hácia Federico.

— Señor baron, ¿qué dice Vd.?

— Lo que es fácil de probar... Si yo me equivoco, yo consiento...

Rodolfo se habia desmayado.

— ¡Qué se lo lleven! dijo el príncipe.

— ¡Loupestein! dijo al secretario íntimo, acompáñele Vd. y vuelva Vd. á verme. Señores, dijo en alta voz, pueden Vds. retirarse. Con respecto á Vd., señor inspector, dijo agitado á Federico, venga Vd. mañana á mi primera recepcion. Entónces sabré si debo perdonar á Vd...

Hizo un signo de despedida al jóven, que dobló la rodilla, y se retiró en medio del tumulto. Todos le abrian paso con respeto medio tímido, como si fuera un ángel exterminador.

Federico atravesó altivo por entre la muchedumbre, subió á su carruaje, y volvió presuroso á su posada.

VIII.

El príncipe se paseaba á largos pasos en su gabinete con una rapidez que no le era habitual, y Federico, en pié, con actitud respetuosa, aguardaba que tuviese la bondad de dirigirle la palabra, mientras que el secretario tenia en la mano los papeles.

— ¡Es increíble, es increíble! murmuraba el príncipe. ¡Haber sido engañado de esta manera, vendido!... ¡Y yo, que habia dispensado mi confianza á ese hombre!... Veamos, Loupestein, ¿es de veras la sentencia?

— Es un documento auténtico del notario del Parlamento de Paris. La pena es galeras por diez años, la degradacion y la marca...

— ¡Dios mio, Dios mio!... ¿y por qué causa? ¡Por robo y falsificacion!... ¡Es increíble, es increíble!... ¡Y Grossenstein que le ha empleado tan cerca de mí! ¿Cómo Grossenstein ignoraba todo eso? ¡Es decir que yo solo estoy rodeado de incapaces, bribones y condenados á galeras!... ¿De quién podrá uno fiarse, Dios mio!

Y el príncipe continuaba midiendo agitado el gabinete; pero de repente se para:

— ¿Y Vd., señor baron, cómo ha adquirido esos documentos? ¿con qué fin se los ha procurado Vd.? y puesto que la fecha es antigua, ¿cómo no los ha enseñado Vd. antes? ¿Cómo ha consentido Vd. que estuviera un solo día siendo juguete de ese hombre?

— Señor, contestó Federico con tono respetuoso y firme; hace poco tiempo que estoy al servicio de V. A. Hace pocos dias que yo no hubiera podido acercarme á

V. A. ni aun con tan grave motivo. Y sabia yo siquiera que el hombre que gozaba de la confianza de mi soberano era ese mismo Rodolfo que... ¡Ah! señor, ¿podia yo sospecharlo antes de haberlo visto? Y en verdad que yo esperé que V. A. me haría la justicia de creer que no lo he diferido una hora, ni un momento, aun á riesgo de perder lo que estimo mas en el mundo, la graciosa benevolencia con que V. A. me ha acogido, y que sin pararme en nada he herido al impostor y le he quitado la máscara con que se cubria.

El príncipe calló un momento.

— Eso es cierto, caballero, y tan cierto que yo tenia intención de reprendéroslo... Ha sido un escándalo, un escándalo público y... Pero no hablaré mas de ello, puesto que se ha disculpado Vd. de antemano... Vd. me ha prestado un verdadero servicio; pero es cruel, y me lo ha prestado Vd. cruelmente.

El príncipe volvió á recorrer de nuevo la habitacion, y volvió á pararse.

— Sin embargo, esté Vd. persuadido, señor baron, de que no lo olvidaré. Ya he sabido y he visto el celo de que es Vd. capaz, y con notable inteligencia ha comprendido Vd. el verdadero carácter de su destino... No me dé Vd. las gracias; le hago á Vd. justicia, y me complazco en decir lo que pienso. El servicio que me ha prestado Vd. prueba la adhesión que tiene Vd. á mi persona, y si, con el calor de la juventud, me lo ha prestado Vd. con una precipitación y una publicidad desagradables, yo no puedo en el fondo quejarme de Vd. Me ha servido Vd., y no ha servido Vd. á un ingrato. Adios, yo le avisaré á Vd. por medio de Loupestein cuando desee hablar con Vd.

Le tendió la mano, Federico puso la rodilla en tierra, la besó y partió.

— Bajaba por la escalera secreta que conducía á la puerta del gabinete por donde habia sido introducido, cuando un paje, que parecia aguardarlo, le salió al encuentro.

— El señor baron es invitado á pasarse esta noche, á las nueve, solo, en el parque, le dijo.

— ¡Bien! ¿y de parte de quién?

— De una dama que quiere hablar al señor baron.

— ¿No dice su nombre?

— Seria indiscreto.

— Bien; iré... si me acuerdo. ¡Adios! y bajó la escalera.

Creyó que la cita venia de la margrave, en quien la caída de Rodolfo debia haber producido un efecto terrible. Por de pronto vaciló. Las recomendaciones sinietras de su incógnito amigo y del fondista le venian á la imaginación, y temia alguna emboscada. Resolvió ir armado y acompañado. Ludwig y dos robustos camaradas le parecieron á propósito para este objeto. Acababa de citarlos á comer, cuando al volver á casa halló este billete:

« ¡Bravo, Federico! yo agotaria de buena gana todas las fórmulas del elogio.

» Solo tengo un consejo que darte; no olvides al conde de Rosenheim. La verdadera felicidad está allí. Te aconsejo que le expliques tu posición en palacio y las tentativas de Amalia para anudar una intriga contigo. El podrá saberlo por otro lado, y tu silencio, mal interpretado, te haria perder á sus ojos y á los de Constanza.

» Háblale sin reserva, — excepto de mí, se entiende, — y pídele parecer: es un hombre de buen consejo.

» No olvides las instrucciones que te he dado respecto de Amalia. Piensa que vas á luchar con una mujer... es decir, con un ser veinte veces mas hábil, mas flexible y mas peligroso que todos los Rodolfos y Grossensteins juntos.

» Tu amigo,

» M. C. R. »

Federico siguió el consejo, y se fué corriendo á casa del conde de Rosenheim. Este se levantó apenas lo vió, y se fué hácia él.

— ¡Ah, buenos días, domador de monstruos, exterminador de gigantes! ¡Diantre! ¿y qué ruido que ha hecho Vd.? No se habla mas que de Vd... Es verdad que en cambio no se le ve.

— No es por falta de deseos, créame Vd., muy al contrario, pero...

— Sí, sí, la grandeza, los honores, la córte; yo comprendo todo eso. Constanza creia que la marquesa tenia la mitad de la culpa.

— Señorita, Vd. no ha podido decir esto, y ménos aun pensarlo.

— ¿Porqué no, caballero?

— ¿Porqué? dijo Federico con sorpresa. Porque seria una chanza atroz; por mí en primer lugar, y en segundo por la margrave misma, en quien reconozco la edad suficiente para ser mi madre, sin ninguna de las cualidades necesarias para merecer la afección filial que Vd. sospecha en mí.

Esta burla hizo reír á Constanza y al conde; de suerte que los dos jóvenes parecieron reconciliados. — Constanza salió un momento despues, y Federico aprovechó de su ausencia para referir á M. de Rosenheim las proposiciones de Amalia y la necesidad en que se veia de fingir de aceptarlas, á lo ménos por algun tiempo.

— ¡Diantre! dijo el conde. ¿En qué Babilonia está Vd. metido, hijo mio? Me pide Vd. consejo; francamente, Vd. ha navegado hasta ahora con tanta habilidad y fortuna, que lo creo á Vd. mas capaz, que lo que yo lo soy, de evitar los escollos. Escuche Vd. no obstante: mi parecer es que finja Vd. aceptar las ofertas

de Amalia... Oblíguela Vd. á que lo reciba en su habitacion de palacio... comprométela Vd. hasta hacerla romper la alianza formada contra Vd. — Despues de obtener la cita, venga Vd. á decírmelo, y reflexionaremos juntos acerca de la conducta que se debe observar en tal coyuntura.

Constanza volvió, y la conversacion giró sobre otro asunto. Federico le puso fin para reunirse con sus estudiantes, guardias de corps, y acudir á la cita.

Cuando llegó al parque, y dió allí una vuelta, vió acercarse una carretela de la margrave. Entónces retrocedió, y se dirigió á la arboleda, rogando á sus camaradas que estuvieran á su alcance. Amalia llegó por su parte con una doncella, que se quedó un poco rezagada.

Federico no pudo prescindir de admirarse al ver avanzar á Amalia. Estaba mujer era realmente hermosa. La gracia de su porte, la nobleza de su talle, la elegancia de sus modales, le prestaban un poderoso atractivo.... Ella habia echado mano de todos los recursos del arte, y en la semi-oscuridad del parque, sus ojos brillantes, la regularidad de sus facciones y su ternura completaban la seductora ilusion. Federico comprendió entónces la bien calculada recomendacion de su desconocido; aquel adversario era mas temible que Rodolfo. Como otro talisman, evocó el recuerdo de Constanza para defenderse contra sus ataques.

Al llegar junto al inmóvil y silencioso Federico, se detuvo indecisa.

— ¿Es Vd., caballero Neuberger? dijo ella con voz temblorosa.

— Sí, señora, esperaba á Vd., respondió Federico.

El tono tranquilo y resuelto del joven pareció que le habia hecho penosa impresion. Permaneció un momento callada, y en seguida repuso con cierta emocion:

— Sí... he rogado á Vd. que viniera... Pues bien, en el momento de venir yo misma á esta entrevista provocada por mí, he vacilado... he estado á punto... ¡Dios mio! ¿qué hubiera Vd. pensado de mí?

Y se paró de nuevo. El sonido de su voz tenia cierto timbre dulce y lisonjero que hizo dudar á Federico, y no le permitia responder.

— No dudo, continuó ella, siempre con emocion creciente, que me habrán calumniado á los ojos de Vd.... ¡tengo tantos enemigos! ¿Y cómo dejar de tenerlos?... Quizás lo han afiliado á Vd. con ellos... No obstante, ¡yo daria tanto valor á vuestro aprecio... á vuestra amistad! ¿Pero cómo justificarme? ¿cómo hablaros sin estorbos, sin testigos indiscretos ó malévolos, sin esa charlatanería tan fútil?... Solo habia un medio... le doy á Vd. las gracias por haberlo aceptado; su bondad de Vd. me augura bien, y Vd. ve cuán grande era en mí este deseo, cuando yo he dado el primer paso.

Federico se sentia trastornado. El son armonioso de aquellas dulces palabras, la expresion ardiente y contenida de sus miradas, ejercian en él una seducción inevitable. Retrocedió un paso para recobrar un poco de sangre fria.

— ¿Cómo! repuso ella, ¿no me responde Vd. nada? — Porque no tengo nada que responder, Amalia. Yo creo que Vd. se equivoca. Todo lo que Vd. me está diciendo es inútil.

— ¡Inútil! no lo comprendo.

— Voy á hacerme comprender, dijo Federico cogiéndola la mano. Creia que me conocia Vd. mejor... ó que yo me habia dado mejor á conocer. No perdamos un tiempo precioso... ¡Amalia! ¿dónde quiere Vd. ir á parar?

El tono decisivo de esta frase y la mirada que la acompañó causaron al parecer honda sensacion en el ánimo de la margrave.

— ¡Federico! dijo con voz ahogada, con un movimiento de temor involuntario, procurando apartar la mano que este le habia cogido.

— Sí, Federico soy, y Vd. Amalia... Yo sé lo que hablo, y á quien hablo, y lo que quiero. ¡Vd. sabe lo que yo puedo querer!

— No, respondió ella, no lo sé, yo lo ignoro, y...

— Voy á decírselo á Vd., dijo el joven atrayéndola hácia sí. Ya sabe Vd. cómo he tratado á Rodolfo...

— ¡Sí!...

— ¿Cree Vd. que despues de haber aplastado al rival, no soy capaz de mas...

— ¡Cómo, Federico! cierto que no podria Vd... yo no veo...

— ¡Basta! la interrumpió apretándole la mano, y enseñándole el anillo que le habia dado el desconocido... ¿Conoce Vd. esto?

— ¡Ah! exclamó la margrave aterrada. Federico, ¿cómo tiene Vd. eso?

— ¡Basta! repuso Federico. Ahora, Amalia, ya sabe Vd. lo que puedo... ¿Comprenderá Vd. tambien ahora lo que quiero?

— ¡Ah, Dios mio!... replicó la margrave turbada, ¿qué sé yo?... ¿qué puedo pensar?... Yo soy... ¿Qué hombre es Vd., Federico?

— ¡Poco importa! pero oiga Vd. con atencion, Amalia; yo quiero que sea Vd. mia, que no tenga Vd. mas voluntad que la mia. Quiero decir que sea Vd. mia sin reflexion y sin reserva, ó la pierdo á Vd. sin remedio.

— ¡Federico!

— Nada de rodeos ni astucias. Yo no me pago de subterfugios, ni vacilo, ni retrocedo. Quiero una prenda segura. Amalia, firmaremos nuestra alianza en palacio... en su habitacion de Vd... Déme Vd. la llave que tenia Rodolfo.

— ¡Federico, por piedad! piense Vd...

— Nada. Vd. ha venido aquí para engañarme, para entregarme maniatado á sus cómplices. Pero no, aquí, como en todas partes, el imperio absoluto es mio. Yo mando aquí, y no transijo. Una cita, en vuestro tocador, á media noche... y la llave de Rodolfo.

Amalia permaneció un momento palpitante y como fascinada.

— ¡La llave! repitió Federico con fuerza.

El gesto imperioso del joven acabó de decidir á la margrave.

— ¡Federico! exclamó ella, ¡mi noble, mi audaz Federico! ¡Dios mio, qué hermoso eres!... Toma la llave, aquí la tienes...

— ¿Y cuando?

— Cuando quieras.

— El príncipe va mañana de caza. A media noche iré á verte.

— ¿Si me lleva consigo?

— Estarás mala.

— Pero...

— Así lo quiero.

— ¡Eres un tirano! pero ahora, dijo con delirio, te lo perdono todo.

Y ella le echó los brazos al cuello. Federico se desprendió al punto.

— ¡Hasta mañana á media noche! Y se alejó con paso rápido, en tanto que la margrave volvia á subir en su carruaje.

— ¡Peste! dijo Ludwig riendo, cuando Federico se juntó con sus camaradas. Ahora conocemos al antiguo amigo de la familia; un perro viejo; un hombre templado... ¡Eh! nosotros la hemos visto salir del seto y subir á su coche... ¡Oiga, lo que vale ser buen mozo! Federico estaba triste y turbado.

— Dispensadme, amigos míos, voy á entrar un momento en casa del conde de Rosenheim.

(Se continuará.)

VIAJES.

LOS CONVENTOS DE LIMA Y SANTA ROSA, PATRONA DE TODAS LAS AMÉRICAS.

(Artículo segundo.)

Al salir de los claustros fui á visitar el santuario de Santa Rosa, que depende de la órden de Santo Domingo. Bajé por dos cuadras de la misma calle, y llegué á la puerta del santuario. Un mulato muy alto que llevaba una dalmática de estameña negra sobre un hábito de lana blanca, me recibió y me hizo atravesar una galeria. Tropecé con una lápida, y me detuve á leerla: decia que los trabajadores ocupados en las excavaciones para los primeros cimientos del santuario fueron sofocados por un fuerte olor de esencia de rosa que exhalaba aquella parte del suelo, donde el dia del nacimiento de la santa habian enterrado sus primeros pañales, como se probó despues.

A la extremidad de la galeria el guia me llevó á una celda donde se hallaban ya cuatro personas, que formaban un grupo interesante. — Primeramente estaba allí el habitante de la celda, un anciano de mas de ochenta años, que casi desaparecia entre los brazos de una poltrona negra de baqueta; su cráneo liso y brillante, conservaba apenas una ligera corona de canas; sus cejas salian derechas de su frente, se torcian como unos bigotes, y velaban dos ojos inteligentes, lo único que acusaba la vida en aquel rostro marchito. Este anciano era el P. Zea, capellan del santuario. Delante de él estaban de pié, en todo el brillo de la juventud, dos jóvenes, hermanas sin duda, con vestidos de raso negro y mantillas de encaje, y flores de granada en la cabeza. Sus cabellos bajaban en largas espirales negras en la sombra y azuladas en la luz; adornando esas fisonomias de hermosa palidez, particular á las limeñas. Una dueña con saya y manto estaba sentada junto á la ventana que alumbraba vivamente á las dos jóvenes; el alto respaldo del sillón cubria de sombra al P. Zea. Nosotros nos habiamos quedado á la puerta para no interrumpir la conversacion. El anciano no fijó su vista en nosotros, tan ocupado parecia dando á la mayor de las dos jóvenes sus instrucciones para alguna obra caritativa.

Esta escena no tenia seguramente nada de extraordinario, pero sin embargo causaba una impresion profunda y agradable, por el contraste que formaban, la luz, la juventud brillante y la hermosura, con las tinieblas, la austeridad y la decrepitud en los últimos escalones de la vida.

El anciano cesó de hablar; las jóvenes besaron con respeto la manga de su hábito, nos saludaron con ese gracioso saludo de las limeñas: *¡Qué la Virgen le ampare á Vd.!* y desaparecieron. La celda se quedó oscura; el capellan nos preguntó lo que queriamos, y al saberlo, dió al punto las órdenes convenientes para que un lego nos guiasé á donde estaban las preciosas reliquias que él guardaba.

El santuario y una parte del claustro se hallan edificados en el mismo terreno que ocupó la casa de la santa. Aun se enseña el sitio donde el dia 30 de abril de 1586 nació la criatura cuyas innumerables virtudes debian deslumbrar durante muchos siglos á todas las Américas. — Su padre se llamaba Flores y su madre Oliva.

La voluntad divina señaló el nombre que debía tener la santa; Oliva al acercarse una mañana á la cuna de su hija, descubrió con asombro sobre la almohada una rosa magnífica, cuyas hojas estaban dispuestas de tal modo que la flor se asemejaba al rostro de la niña. Al punto la llamaron Rosa, pero conociendo despues que semejante nombre debía atraer sobre ella las peligrosas miradas del mundo, se arrojó á los piés de la Virgen del Rosario en el convento de Santo Domingo, suplicándola que disipara sus inquietudes. La Virgen la mandó de viva voz, no solo que llevase el nombre de Rosa, sino que añadiera á este el de Santa María. Este nombre de flor hizo que la santa improvisara despues esta inocente canción :

¡Ay, Jesus de mi alma,
Qué bien pareces
Entre flores y rosas
Y olivas verdes!

El amor divino iluminó á los cinco años su espíritu, é incendió su corazón de tal manera que, despreciando las diversiones propias de su edad, Rosa de Santa María se entregó enteramente á la oración, á la penitencia y al cilicio; despues consagrando sus pensamientos mas tiernos á Jesus como á un esposo querido, hizo voto de virginidad perpetua, y marchó con pié firme por el camino de la salvación, á despecho de su familia que hasta se valió de injurias, amenazas y malos tratamientos para hacerla cambiar de rumbo. Estas fueron las

primeras espinas de su vida, que la santa supo soportar con resignacion, obstinándose á vivir en el aislamiento y en las devociones.

A los veinte años quiso tomar el velo, pero como no tenia preferencia señalada por ninguno de los cuerpos monásticos, resolvió vivir solitaria, pero libre, tomando el hábito de una orden religiosa, como lo hizo santa Catalina de Siena. Pero aun esta eleccion ponía en un grande apuro á aquella conciencia tan susceptible. Por fortuna vino en su socorro un acontecimiento inesperado. Un dia que la santa se hallaba en oración, entró en su cuarto una mariposa blanca y negra, que se puso en su pecho y la sumergió en un éxtasis del que salió con un corazón perfectamente dibujado en el mismo sitio donde habia estado la mariposa, que habia desapareci-

do. Este milagro, que le pareció una manifestación de la voluntad divina relativa al hábito que no habia escogido aun, la hizo decidirse por la orden de Santo Domingo, que lleva los colores de la mariposa. Seria superfluo enumerar aquí todas las pruebas que dió santa Rosa de hallarse en relaciones con el cielo; su vida está plagada de milagros, y sus predicciones, que tambien son muy curiosas, se realizaron hasta la última, que fijaba el término de la dominación española en el Perú. Además, la santa se distinguió por sus muchas obras de caridad en tiempo de la peste; treinta años consagrados con una austera abnegación al alivio de los pobres, al consuelo de los afligidos y á la conversión de los malos, tal fué la purísima existencia de la Santa. El santuario es una capillita construida en rectángulo. En medio, por el lado opuesto á la entrada, se eleva un altar dominado por un cuadro de la santa Virgen teniendo en sus brazos al niño Jesus. Este lienzo se halla agujereado para adornar los oídos, el cuello y las manos de la Virgen, con pendientes, collares y sortijas de brillantes. El guía al llegar á este cuadro me dijo que habia pertenecido á la santa, y me contó esta historia :

Un dia que doña María Usategui, señora muy principal de Lima y protectora de Rosa, la elogiaba en su oratorio las elevadas perfecciones de Nuestra Señora de Atocha, el divino niño del cuadro, que estaba al pecho de su madre, volvió la cabeza para oír aquella letanía en favor de la santa Virgen. Rosa hizo notar este pro-



Los conventos en Lima. — Visita al padre Zea.



Antigua inquisición y la Caridad en Lima.

digio á doña María, que dejó de hablar atónita de asombro. Jesús recobró al instante su primera posición, pero en cuanto doña María continuó la interrumpida frase á ruego de la santa, se renovó el mismo prodigio, y esta vez el rostro del niño Jesús se quedó vuelto hacia el público.

El narrador añadió que posteriormente taparon el pecho de la Virgen por castidad, y en efecto la pintura de esa parte del cuadro es mas moderna que la del resto.

A los dos lados del altar se ven los peronés de santa Rosa, que forman los tallos de dos hermosas flores de oro abiertas. En dos ó tres cuadros incrustados en la pared se ven los objetos siguientes: — una carta de la santa á doña María Usategui, dándola gracias por un favor que la habia hecho; — un rizo de sus cabellos negros; — su anillo de desposada con el divino Salvador, en cuyo derredor se lee: *Rosa de mi JHS. sé mi esposa*; — la corona y la cruz erizadas de puntas agudas, que llevaba ordinariamente en la frente y en el pecho; — el clavo que estaba fijo en una pared de su celda, para atar en él su cabellera á fin de castigar con el dolor su naturaleza débil, si durante sus largas oraciones nocturnas se caía vencida por el sueño y el cansancio. Estas diferentes reliquias se hallan resguardadas con un cristal. El guia me mostró una especie de nicho que habitó la santa y donde está la silla y la cruz grande de madera que llevaba durante horas enteras en recuerdo de la cruz de Jesucristo, y luego pasamos al jardin de Santa Rosa que toca á la capilla, y que se halla hoy en el mas completo abandono. Un magnífico



Confesionario en una iglesia de Lima.

rosal blanco, el único árbol que allí habia, florecia entre la yerba. En una de las paredes vimos una pintura al fresco representando á la santa en oracion, y junto á ella un jóven elegante vestido á la moda de Felipe II. Se hallan separados por un armario largo y estrecho que estaba abierto y en el cual se veia un tronco de árbol seco; la pintura ostentaba sobre el armario, para continuar el árbol, un ramillete de hojas verdes lleno de manzanas de oro. Pregunté al guia la explicacion de esta pintura, y he aquí lo que me dijo:

« Si los ángeles del cielo manifestaron á veces sus simpatías por la santa, los espíritus de las tinieblas intentaron tambien á menudo intimidarla. Unas veces se presentaban á ella en su horrible fealdad, otras bajo la forma de una fiera sedienta de sangre, y otras veces tomaban la estatura de los gigantes, y amenazaban lle-

ensemejante caso no se logra sino con la fuga. Pero no pareciéndola que aquella retirada era lo suficiente para confundir al tentador como ella queria, se detuvo á la puerta de su oratorio, cogió una cadena de hierro, y se dió con ella tales golpes, que el diablo se quedó consternado. Furioso al verse vencido otra vez mas, retrocedió hasta al pié de un limonero que se hallaba en medio del jardin, y se apoyó en el tronco, donde desapareció, dejándole abrasado enteramente. Sin embargo, este árbol se cubrió todos los años de flores y de frutos, y fué un motivo de asombro para todo el mundo. El capellan del santuario afirmaba haberlo visto aun en pié y fértil, pero habiéndose partido por no sé qué accidente desde aquella época, el tronco fué metido en el armario, y se conserva como una reliquia. »

Satisfecha la curiosidad, dejé aquel museo piadoso, y



Escena en la puerta de un convento.

volví á la celda del P. Zea, quien nos confirmó todo lo que acabo de estampar aquí con una fidelidad escrupulosa y absteniéndome de toda reflexion; luego nos regaló una vida de santa Rosa escrita por él, y un grabado al agua fuerte hecho en Cádiz, representando á la santa en éxtasis.

Un instante despues salí del claustro llevándome las bendiciones del venerable anciano.

Temo abusar del interés que puede ofrecer á mis lectores este paseo por los claustros; de modo que para completarlo me limitaré á explicar los dibujos que van con este artículo, señalando las riquezas artísticas que se emplearon en el adorno de las iglesias en el período próspero de la ciudad de los reyes.

Los edificios de Lima fueron contruidos segun los diferentes géneros del renacimiento; pero el estilo moruno se mezclaba siempre poco ó mucho en su composición, y esta arquitectura híbrida se vió alterada despues con los trabajos de reparacion que exigieron los terremotos. Casi todas las iglesias tienen dos campanarios unidos por una fachada, cuyo fronton en segmento de círculo corona la entrada principal.

La Caridad y la Inquisicion ofrecen la muestra mas ordinaria de los monumentos religiosos de la América española. A veces se hallan cubiertos de colorines; pero otros conservan su color natural, y su aspecto en este caso es igual al de nuestras construcciones. La piedra no se emplea sino cuando es indispensable: el armazon interior es de madera, y gracias á la ligereza y á la union de todas sus partes, suelen salir triunfantes de los terremotos. Las fachadas se hallan llenas de adornos fáciles de practicar en el estuco de que se hallan revestidos.

La gente que se ve en la entrada de un convento presenta un interés pintoresco. A veces un sacerdote sentado delante de una mesa, donde se ve una calavera y un crucifijo con dos luces, recibe en una bandeja los dones de los fieles. Una accion piadosa reúne entonces en el mismo sitio una porcion de trajes que contrastan de un modo singular: frailes con hábitos pardos, blancos y azules, sacerdotes seculares, y miembros de la cofradía de la Buena Muerte con capa negra adornada con una cruz roja en el hombro, y en medio de todo esto hermosas limeñas vestidas unas con el misterioso traje nacional, y las otras con telas de indiana de colores brillantes, abrigando su rostro bajo un sombrero de paja de Guayaquil coronado de rosas.

Por dentro las iglesias son como las de Europa; únicamente las bóvedas se hallan divididas en una multitud de compartimientos simétricos que forman dibujos ingeniosos, y sus arcos se apoyan en pilastras ó pilares. Los confesonarios no están cerrados, de modo que la penitente conversa con su director espiritual á través de una cortina de seda oscura colgada de la ventanilla. Un día saqué un dibujo de un confesonario. — Una limeña de bonito talle, vestida de raso blanco, con la boca pegada á la cortinilla, murmuraba una confesion que parecia arrancar con pena de su alma. El rostro del fraile dominico reflejaba las impresiones de una conciencia que titubeaba en transigir con el pecado. Cerca del confesonario habia otra jóven sentada esperando su turno, y un poco mas allá estaba un lacayo cuya cabeza de color de tinja salia como un ovillo de lana negra de un cucuruchó blanco formado por un vasto cuello, parecia orgulloso de llevar la librea á las órdenes de aquellas señoras.

Ciertas iglesias poseen relicarios preciosos con incrustaciones y adornos de platería, pero lo mas admirable son las maderas esculpidas. El coro de la catedral y el de San Francisco son dos modelos en este género; la elegancia y perfecto acabado de las guirnaldas, y el dibujo correcto y suave de las figuras revelan un cincel maestro.

Entre los cuadros de valor que hay aun en Lima, y que no son nada en comparacion de los que hubo en otro tiempo, que han desaparecido por diferentes causas, señalaremos un san José llevando por la mano al niño Jesus, que tiene todo el carácter de Murillo, y que se halla en los Descalzos. Hay tambien una Huida á Egipto que parece de estilo demasiado severo para ser del mismo. En la misma capilla se ven dos admirables lienzos de Ribera, algunos de Zurbarán, y una Virgen de Rafael Mengs.

La iglesia de los Desamparados posee tambien otro cuadro de Murillo. Los lienzos de maestros italianos de segundo orden son bastante numerosos, sobre todo los de Bassano y Lucas Jordan, exportados sin duda de España cuando estos artistas trabajaban para el Escorial. Por último, la escuela flamenco se halla representada en el Perú por sus nombres principales.

La vista constante de estos cuadros no podrá ser estéril para un pueblo cuyo gusto y aptitud para ciertos trabajos de arte delicados estaba manifiesto en la época de la conquista, y por esta razon abundan tanto los frescos en las paredes y los pórticos de las casas particulares. La inspiracion para los artistas peruanos no perecerá falta de alimento, ni el estudio carecerá de modelos, en un clima tan favorecido por la naturaleza y que cuenta con esa sociedad peruana, cuya flor son las limeñas. En el grupo radiante de estas mujeres se encuentra el perfil puro y suave de las vírgenes, el tipo noble y altivo de las soberanas, y la expresion impetuosa y ardiente de las bacantes; en ellas la elegante ligereza del andar, la gracia sin igual de las actitudes y ademanes, se unen con todo lo que hay en los ojos de mas tierno y de mas suave y musical en la palabra, para perpetuar el dictado de cariñosas que han dado en el Perú á las limeñas.

M. R.

Enriqueta.

Aun recuerdo las palabras de la señora.
— Non parlo francese, dijo ella, pero mi hija os comprenderá bien.
— Y llamé; ;Enriqueta! ;Enriqueta! ;venite subito! Ve un forestiére.

Y la jóven entró. Sus cabellos castaños claros caian en ondas sobre sus hombros; sus hermosos ojos de color de avellana brillaban llenos de vida; sus transparentes mejillas se sonrosaban y palidecian alternativamente; y los latidos de su corazon levantaban agitadamente su pecho, porque habia corrido. Con una mano apartó algunos rizos que le incomodaban los ojos, y con la otra solicitaba dulcemente el brazo de su madre y le preguntaba en la melodiosa lengua italiana: ;Cosa volete, mamma?

Mucho tiempo hacia que no habia visto yo un cuadro semejante; y sin embargo me hallaba en Roma, y habia visitado ese día el palacio Borghese.

La robusta dama, madre de Enriqueta, tan bella y tan jóven, y tan diferente de las bellezas italianas, era mi huésped. Habitaba una de esas casas antiguas que guarnecen el lado oriental del Corso, con vistas á la plaza Colonna. Tenia la escalera penosa, sucia, estrecha y sombría; cuatro pisos habia que subir para llegar al corredor de mi huésped. La puerta tenia un postigo, y una campanilla, á cuyo sonido estaba yo seguro de sentir pasos ligeros sobre el pavimento, y despues de asomarse al postigo, ver los ojos grandes, fijos sobre mí. Enriqueta abria despues la puerta, y yo me hacia conducir por ella hasta aprender el camino de mi habitacion. Declaro que tardé mucho tiempo en saberlo.

Mi cuarto caia al Corso; desde allí descubria tambien la cúspide de la columna de Antonino, y una partecilla del palacio del gobernador. Mi sala, que no estaba separada del apartamento de la familia de Enriqueta mas que por un estrecho corredor, daba á un patio pequeño con balcones en todos los pisos. El de enfrente lo ocupan á veces dos chiquillos de ojos negros, que pueden casi leer el título de mi libro cuando yo estoy de pechos en mi ventana. Debajo hay otros tres ó cuatro florecientes ragazzi (muchachos), de ojos negros tambien, y el aire enteramente romano. El mas jóven es amigo de Enriqueta, y levanta inocentemente la cabeza para saber si la signorina está en la ventana.

Todas las noches brilla mi hogar con la llama que despiden las gabillas de leña procedentes de las colinas de Albano. Todas las noches tambien viene mi huésped á enseñarme el italiano, y á disfrutar de la lumbre de mi chimenea. El pequeño Cesare, criado de tez morena, se sienta con un lápiz y una pizarra, y se divierte en dibujar castillos y genios al resplandor de la llama. El antiguo y tuerto profesor de Enriqueta, pone su caja de rapé en la mesa, su pañuelo en las rodillas, sus anteojos en las narices, sus dedos abultados en la gramática, y enseña á la jóven á conjugar en francés el verbo amar. El padre, viejo pálido, de mirada penetrante, — verdadera figura italiana, — recostado en su sillón, nos habla del papa y del tiempo. La madre, con los puños en las caderas, contempla á su hija con orgullo; y con razon, porque Enriqueta es la perla de las bellezas romanas.

La mesa es redonda; y como por un lado toca casi al fuego, no deja mas que tres asientos en torno suyo. El maestro ocupa uno, el segundo Enriqueta, el tercero... yo mismo; porque algunas veces me mezclo en la leccion de francés; y mas á menudo me la da ella á mí de italiano. Su fisonomía es muy inteligente; yo me complazco en ver el despecho que revelan sus facciones cuando no comprende el sentido de una frase difícil, y mas aun su sonrisa de triunfo, cuando, apoderándose á primera vista del pensamiento de algun clásico francés, lo traduce en seguida á la líquida melodía de su lengua.

Enriqueta no tenia mas que diez y seis años, y no habia salido del convento hasta el último otoño. No conocia de la vida mas que la vida del sentimiento; y sus esperanzas de felicidad eran solo esperanzas infantiles. ;Qué agradable era contemplar su figura, y aun mas escuchar su voz? ;Qué torrente de brillantes superlativos y de tiernos diminutivos manaban de sus labios encendidos! ;Quién no hubiera codiciado el estudiar con ella, y el tenerla por maestra!

Por esa razon, permanecia yo poco en la mesa en casa del cojo Pietro en la via Condotti. Yo me apresuraba á regresar á mi salita, donde tenia tan buena lumbre; ¡me gustaba tanto el ver á Enriqueta y á su madre ántes de que llegara el señor maestro tuerto! porque entonces, abriendo el libro en medio de los dos, ponía mi mano en la página, — una página pequeña, — en la cual estaba la suya tambien. Y cuando ella no señalaba la palabra precisa, me gustaba mucho corregirla, insistir porque su mano estuviese en un punto y no en otro, y quitar sus deditos de aquella página para llevarlos á otra. A veces, medio enojada, porque la reprendia, golpeaba impaciente mi mano con la suya; pero cuando la miraba á la cara para saber qué significaba aquello, encontraba sus ojos tan sumisos y casi sentidos, que no solo perdonaba yo la ofensa, sino que me veia tentado á provocar la repetición.

El carnaval llegó: cuando yo recorria el Corso, asaltado por los confetti, que yo tambien repartia á derecha é izquierda, mis miradas se dirigian de lejos á la casa en que estaba seguro de ver los dulces ojos de Enriqueta. ;Cuán preciosa estaba con sus cabellos recogidos bajo un sombrero oscuro, guarnecido con una pluma, blanca como la nieve! Su graciosa mano me lanzaba

sus confites, y cuando yo doblaba la cabeza para defenderme de sus disparos, oia su fresca y armoniosa carcajada; en seguida, despues de haber sufrido el ataque, disparaba yo mis proyectiles á su balcon. Por la noche llevaba á Enriqueta el mejor de mis trofeos, y ella no dejaba de darme en cambio alguna flor, cuidadosamente escondida, la mas hermosa que habia conquistado su belleza.

Enriqueta tenia en el balcon dos macetas de flores que florecieron todo el invierno. Todas las mañanas hallaba en mi mesa una rosa, que pagaba por la noche con el mejor ramillete de la via Condotti. Concluido el carnaval, vuelven las veladas al amor de la lumbre. Una de mis manos busca el lugar de costumbre en el libro de Enriqueta, en tanto que la otra se desliza suavemente al respaldo de su silla; Enriqueta me dirige al pronto una mirada de indignacion que se cambia instantáneamente en una mirada de perdon.

Un día recibí un grueso paquete de cartas. Enriqueta dejó el libro, curiosa por saber lo que podian contener; cogió una de mi mano, y contempló con meditativa, pero inútil atencion aquellos garabatos que ella no comprendia.

— ;Qué quiere decir esto? pregunto. Su dedo señalaba estas dos palabras: dear Paul.

Yo le respondí que significaba: caro mio.

Enriqueta colocó la carta sobre su rodilla, y me miró cara á cara.

— ;Le escribe á Vd. su madre? dijo ella.

— No.

— ;La hermana de Vd.?

— ;Ay! no.

— ;Il vostro fratello, dunque?

— Nemmeno. No tengo tampoco hermano.

Me devolvió la carta, y cogió el libro, pero un instante despues dejó el libro, miró á la carta, en seguida me miró á mí... y salió.

En toda la noche no volvió. Al día siguiente por la mañana no habia rosa en la mesa; y cuando volví por la noche con el ramillete de costumbre me preguntó:

— ;Quién, pues, le ha escrito á Vd. esa carta?

— Una amiga muy querida, respondí.

— ;Ah! ;una dama!

— Sí, una dama.

— Pues guarde Vd. para ella el ramillete.

— Pero Enriqueta, ella tiene flores en abundancia; ella vive en medio de las flores, y todos los días cogen muchas sus hijos para entretejer guirnaldas.

Enriqueta llevó sus dedos á mi mano para procurar recoger el ramillete; yo retuve un instante la mano y las flores.

Solté desde luego las flores.

Entonces tenia yo en Roma un amigo que ha muerto entre Ancona y Corinto un día que estabamos sentados en medio del coliseo, contemplando la sombra vacilante de los arbustos agitados por el viento, que crecen bajo los arcos arruinados, y escuchando el arrullo de los pájaros que anidan en las quiebras, me dijo de repente:

— Pablo, Vd. ama á esa italiana.

— ;Muy hermosa es! le contesté.

— Creo que ella comienza á amarle á Vd.

— Ella tiene sin duda un corazon ardiente y muy amoroso.

— Es verdad.

— Pero sus sentimientos son los de un niño, continué yo.

— No, repuso mi amigo. Puso, dicho esto, la mano sobre mi rodilla, y dejó de formar paralelogramos con el bastón.

— Créame Vd., Pablo, yo conozco muy bien esas naturalezas meridionales. La italiana es mujer á los quince años. Si Vd. ama, ama Vd. á una mujer, y si ella lo ama á Vd. lo ama con un corazon de mujer.

— Pero yo no admito ninguna de esas dos suposiciones.

— Permítame Vd. en tal caso, que yo lo sujete á Vd. á prueba.

— ;Cómo?

— Tengo tres semanas de que disponer. Deje Vd. su casa del Corso; venga Vd. conmigo á los Apeninos; y vea Vd. si el aire de las montañas es capaz de hacerle á Vd. olvidar los hermosos ojos de su Romana.

Yo reflexionaba ántes de responderle, pero él seguia diciendo:

Esto será lo mejor. Porque si Vd. la amase, si Vd. amase á esa naturaleza meridional, con toda su pasion, eso no seria propio para fundar el edificio de su felicidad doméstica. Y nosotros los del Norte, cualesquiera que sean sus actuales impresiones de Vd., nosotros no permanecemos mucho tiempo á la altura de los amores inspirados y nutridos por el sol de este país.

Yo protesté en silencio contra lo que me pareció una blasfemia; porque no se presentaba en la imaginacion mi saloncito, y aquel talle de hada, y aquella figura de ángel.

Y no obstante, respondí á mi amigo:

— Parto con Vd.

El padre de Enriqueta se encogió de hombros cuando le dije que iba á hacer una excursion por los Apeninos, y que necesitaba un guia. Su mujer dijo que haria frío en las alturas, porque el invierno no estaba concluido. Enriqueta añadió que haria calor en los valles, porque la primavera estaba próxima. El viejo tocó el tambor con los dedos sobre la mesa, y volvió á encogerse de hombros sin abrir la boca.

Mi huésped pretendió que no podria hacer el viaje á caballo. Cesare dijo que el hacerlo á pié seria muy fati-

goso. Enriqueta preguntó á su papá si habia algun pe-
ligro. El viejo se encogió por tercera vez de hombros.
Le pregunté de nuevo si habia un hombre dispuesto á
servirnos de guia en los Apeninos; y viendo que mi
determinacion era irrevocable, dijo que tendria uno el
dia siguiente.

Cuando yo salia al dia siguiente por la tarde, con di-
reccion á la plaza próxima al Monte-Citorio, donde es-
tacionan los carruajes de Tivoli, Enriqueta se acercó á
mí, y me dijo en voz baja:

— Ah! mi dispiace tanto... tanto, signor!

Yo le estreché la mano, y una hora despues pasaba
con mi amigo cerca del Forum de Trajano, por el ca-
mino de las montañas... Al ponerse el sol pisabamos
las ruinas de la villa de Adriano, situadas en la prime-
ra pendiente de los Apeninos. Las campanas de Tivoli
tocaban al Ave María. Teniamos por espectáculo toda
la campiña de Roma, y en medio de sus grandes ondu-
laciones, coloreadas por el crepúsculo con un matiz vio-
láceo, las torres de la ciudad eterna, sobre las cuales
descollaba gigantesca la negruzca cúpula de San Pedro.

No me parecieron muy largas las tres semanas, por
mas que pensara á menudo en Enriqueta. Pero con ale-
gría penetré por las puertas de Roma. Cuando llegamos
cerca del sepulcro de Metella, me dijo mi amigo:

— Y bien, ¿vuelves Vd. á casa de Enriqueta, ó viene
Vd. conmigo á Ancona?

— Por lo ménos necesito decirle adios.

— ¡En ese caso, el cielo os guarde!

En la plaza de Venecia nos separamos, para no vol-
vernos á ver.

Apénas he tirado del cordón de la campanilla, he re-
conocido los pasos de Enriqueta. Ella es con sus cabellos
castaños, hechos trenzas, y sus ojos encantadores, don-
de brilla la alegría de volverme á ver. Y como su ma-
dre me lleva á la ventana para ver pasar un cortejo,
Enriqueta nos sigue, y con un movimiento eléctrico,
pasa su brazo al rededor de mi cintura. Su dulce pre-
sion es mas elocuente que mil saludos de bienvenida.

Un cortejo fúnebre es lo que cruza por delante de ca-
sa. Por toda la calle se ven cabezas en las ventanas, y
mujeres arrodilladas en el suelo. Un canto lúgubre se
acerca mas y mas, parece que un instante se apaga,
pero es para hacerse oír al siguiente mas fuerte y mas
triste.

— Vede! vede! dice Césare; y en medio de la luz ro-
jiza de las antorchas se descubre el féretro, llevado en
hombros de monjes robustos: el cadáver va revestido
con traje eclesiástico. A las cuatro puntas ondean pe-
nachos negros.

— ¡Chis, chis! hizo mi huésped.

Porque en este momento pasa el cadáver por debajo
de nuestra ventana.

Enriqueta hace la señal de la cruz; la sonrisa ha de-
saparecido de sus labios. Césare está tambien serio. Las
antorchas iluminan su pálida faz. Miles de ojos lo mi-
ran; pero él parece que contempla indiferente las es-
trellas.

Los cánticos han cesado, y se oye el crugido de los
hábitos de los frailes, y el ruido de sus pasos. Pero al
punto suenan otra vez sus voces, semejantes al mugido
del viento del invierno. Yo miro largo rato el fére-
tro que se aleja por la sombra de los palacios; el cortejo
se mueve al resplandor de las antorchas, como una in-
mensa serpiente.

— ¿Era un sacerdote? dije á mi huésped, en el mo-
mento en que cerraba la ventana.

— No, señor, sino un jóven, que por ser celibato se le
ha puesto el traje eclesiástico.

— Así, añadió Enriqueta, si yo muriese ahora, me
vestirían de blanco, y mi féretro seria seguido por un
cortejo de monjas.

— ¡Qué ese dia esté muy lejos, Enriqueta!...

Ella me coge la mano y la estrecha tiernamente. Una
jóven italiana no teme hablar de la muerte, y aun se-
guimos hablando largo rato, con mi mano siempre en
la suya.

La semana santa llegó.

Nunca me habia parecido Enriqueta tan amable
como con el traje negro. En el pavimento de San Pedro,
donde parecia que los fieles formaban grupos poco nu-
meros, la contemplé arrodillada junto á su madre,
con los ojos clavados en el suelo, los labios murmurando
oraciones, y toda ella trémula con una profunda emo-
cion.

La tarde de Viernes Santo me dirigí á la capilla Sixti-
na. Enriqueta me acompaña, y mira conmigo las figu-
ras descarnadas del Juicio, de Miguel Angel. Cantan el
Miserere. Los doce candelabros se apagan uno á uno, y
el canto continúa. El sol se ha puesto; por los vidrios
penetra débil la luz del crepúsculo. Se hace un alto; un
cardenal con manto de escarlata, recita una breve ora-
cion: todo el mundo se arrodilla, y la salmodia lenta y
triste vuelve á oírse, y se aumenta poco á poco hasta
llegar á estremecer la galeria del coro; en seguida se
apacigua de nuevo, y solo se oye el gemido de una sola
voz, tan quejumbrosa y aflictiva, que el coro le hace á
uno mal, y las lágrimas asoman á los ojos porque Cris-
to ha muerto!

Y en el momento en que este gemido parece que se
va á apagar, otra voz lo continúa tan desolador como
antes. Y al aguardar por último el silencio, tres voces
dulces, graves, comienzan la lamentacion, que se cam-
bia pronto en gritos desgarradores, repetidos por la mul-
titud. Cánticos armoniosos los interrumpen á interva-
los, como para dejar cobrar fuerzas al dolor, despues
vuelve á resonar el gemido de un solo sochantre, gemi-
do entrecortado, como si se ahogara entre sollozos, pero

que continua siempre, como si la desesperacion detu-
viera las lágrimas.

Cuando salimos de la capilla era de noche. Al rededor
nuestro solo se oian cuchicheos; nadie se atrevia á le-
vantar la voz. Enriqueta no abrió la boca, — y por mi
parte no hallaba una palabra que decir.

Negocios urgentes me llamaban fuera de Roma. Yo
debía partir despues de Pascuas; pero yo no deseaba
hablar de mi partida, ni aun pensar en ella. Roma,
esta ciudad antigua, con su decadencia, su miseria y
sus palacios arruinados ó ruinosos, os interesa muy
pronto, y no se sale de allí sin pesar. ¡Y mi Enriqueta,
con sus hermosos cabellos recogidos en una redecilla
de seda, sus ojos dulces, su mano tan blanca, y las ven-
nas azules que se marcan en sus sienes!... ¡Ay! ¡La Pas-
cua llega tan pronto!

Al dia siguiente llevé á casa mi último ramillete, con
una sortija preciosamente trabajada. Ya no hay fuego
en el salon, porque el buen tiempo lo hace inútil; pero
todo el mundo está reunido allí.

Ya los he oido removerse muy temprano en la maña-
na del dia en que debo partir. Yo tambien he dormido
poco. Nunca ha estado Enriqueta tan seductora como
con aquel vestido un poco descuidado, con aquel capu-
llo de rosa que brilla en su pecho. Ella me da la rosa
con mano trémula. Esta es la última que recibiré de
ella. No le doy las gracias, porque me hubiera sido im-
posible. Ella lo sabe: sus ojos están llenos de lágrimas.

El anciano me besó; esta es costumbre romana, pero
no se extiende á las jóvenes. Al bajar por el Corso me
volví para mirar el balcon donde la habia visto en el
carnaval con su sombrerito oscuro y su pluma blanca.
¡Bien sabia yo que ella estaria en el mismo sitio! Mis
miradas no pueden apartarse de tan suave mision; y
cuando mis ojos no alcanzan ya á verla, mi corazon la
encuentra todavia en mi memoria.

El carruaje llegó al mediodía á Soracto, punto que
domina la campiña romana. A unos cuantos pasos del
camino habia un viejo pinabete. Sentéme á su sombra
y dirigí mis ojos á Roma. No tenia gana de comer.

Me pareció ver á Enriqueta con un traje de mañana;
pero la rosa estaba sobre mi corazon. Yo creí oír su
voz argentina; pero las palabras de su canto estaban
llenas de tristeza. Si hubiera pasado en aquel momento
algun coche con direccion á Roma, no digo que no me
hubiera vuelto á ver á Enriqueta para no separarme
jamás de su lado.

Pero el *vellurnino* me llamó; y yo lancé mi última mi-
rada á la cúpula gigantesca que guarda la ciudad eter-
na; en seguida descendimos á galope por el camino que
conduce á Perusa y al lado Trasimeno...

Cuántas veces me he arrepentido desde entónces de
mi partida. ¿Dónde hallar un tesoro como Enriqueta?
¿Qué puede igualarse con un amor semejante! ¿podria
yo esperar dicha mayor que la que me hubiera ofrecido
aquel ángel candoroso y tierno? ¡Ah! cuando se nos
viene así la fortuna á las manos, ¿por qué la dejaremos
escapar!

¡Querida Enriqueta! ¡si supieras tú, cuánto sufro lé-
jos de tí! Pero ¿pertenece tú en este instante al número
de los vivientes? ¡No has tendido quizá tu vuelo hácia
esas regiones misteriosas que acogen á todos los buenos!

Imitado de ISAAC MARVEL por EDUARDO SCHEFFTER.

La Australia.

En el primer semestre, dice una carta escrita en la
bahía de Sandy (Australia), que trascurrió despues del
descubrimiento de los criaderos de oro, no se contaban
mas que 10,000 trabajadores, entre los cuales eran muy
pocos los que logran buenos resultados, y por consi-
guiente se daban priesa á dejar el puesto. Los otros re-
cibian un salario elevado, una libra esterlina por dia,
(cinco duros) y en poco tiempo reunian una suma de
500 á 2,000 libras esterlinas. Entónces solo venian los
mineros del Sur de la Australia, de Melbourne, Van-
diemen y Sydney, y despues de haber recogido oro,
volvian á sus hogares, y gastaban sus ahorros, figurán-
dose que en las entrañas de la tierra hallarian fácil-
mente nuevas riquezas; ¡pero qué cálculos tan errados
hacian! Las cosas han cambiado totalmente. En verdad,
los criaderos son mas extensos, y todos los meses se de-
scubren nuevos; pero hoy hay 150,000 trabajadores, y
el número se aumenta todos los dias; allí se encuen-
tran hombres de todas las razas del globo. Aun hay
muchos afortunados; así, últimamente, en Ballarat, se
ha encontrado una pepita de 128 libras; pero estas for-
tunas son muy raras.

Millares de individuos se ocupan ahora en la cons-
trucccion de caminos, puentes, etc., y aun por un jor-
nal muy corto; solo reciben de 7 á 8 schelines por dia,
(dos duros) mientras que al principio no conseguia el
gobierno trabajadores mas que á libra esterlina diaria.

Sabido es que el primer punto de Victoria, donde se
descubrió el oro, fué Ballarat, situado á 60 millas al
Norte de Gerlang; despues vinieron los criaderos del
monte Alejandro, al Norte de Melbourne, y los de Ben-
digo; en seguida tuvo lugar esa emigracion sorpren-
dente de gente de un punto á otro, de modo que los ca-
minos estaban cubiertos de transeuntes. Los puntos en
que se trabaja hoy son el monte Alejandro, Bendigo,
Ballarat en los criaderos junto á la orilla del rio Owen,

el monte Cororow, la colina Desi (Desi-Hill), y yo estoy
persuadido que dentro de poco se descubrirán otros. No
se puede determinar el número de trabajadores ocupa-
dos en tal ó cual sitio; hoy, se hallan reunidos en un
punto 4,000 buscadores de oro; todo el mundo acude
allí, y un mes despues el lugar queda desierto, y solo
se ven unas cuantas tiendas de trabajadores que no han
tenido valor para marcharse.

Las habitaciones de los buscadores de oro son en ge-
neral tiendas que tienen la forma de casitas. La cama
se compone de hojas y un cobertor; á veces se hincan
estacas, se ponen maderas trasversales, y se ponen sa-
cos. Algunos tienen lechos portátiles, consistiendo en
dos cruces, con listones de madera sobre las que hay
extendidas tiras de lienzo, y que nosotros llamamos por
su forma cama de tigrera. El alimento principal suele
ser carnero (raras veces buey), pan y té. Los demás ar-
tículos son muy caros: una libra de patatas cuesta un
scheling; una libra de jamon ó de tocino dos, y dos y
medio. Tambien se pueden comprar manjares delicados,
sardinas, langostas, confituras, pastelería; pero esto
cuesta á peso de oro. La venta de licores espirituosos
está prohibida, bajo la pena de 50 libras; pero á pesar
de este decreto se ven todos los dias hombres ebrios por
las calles. Las tiendas tienen pocos muebles.

Nadie se ocupa aquí de los vecinos; ni que se batan,
ni que se maten; únicamente lo que es menester es no
acercarse á las tiendas, porque una voz os advierte que
os retireis, y os deja ver un cañon de carabina. Al año-
cheer todo el mundo se recoge, porque el que no lo
hace pasa por un malintencionado y corre riesgo de re-
cibir una bala en la cabeza. No obstante, he hallado en
los criaderos de oro mas seguridad que la que me pro-
metia. Una sola vez nos hemos visto forzados á levantar
el campo mi camarada y yo, á causa de las riñas noc-
turnas que ocurrían; era preciso vivir constantemente
alerta, porque no se puede aguardar socorro extraño.
Sin embargo, hay gran diferencia entre los antiguos y
los nuevos establecimientos. En estos, donde se hallan
hacinados millares de individuos se hace una vida sal-
vaje; en los otros, hay en cambio pocos buscadores de
oro, y se conocen por haber vivido mucho tiempo jun-
tos. Allí no se ven mas ocupacion que el robo, porque
hay buena policia... Pero lo que ofrece inconvenientes
es la multitud de mujeres aun mas feroces que los hom-
bres, y por desgracia su número aumenta mas que el
de estos en Australia. Las horribles escenas que allí pa-
san son indignas de la pluma.

La barba y el café en Oriente.

Nada es mas alegre, pintoresco y elegante que los ca-
fés y las barberías en Oriente, establecimientos frecuen-
tados por todas las clases de la sociedad: en los cami-
nos los cafés sirven de posadas á los viajeros. Los boni-
tos dibujos que acompañan á este artículo son debidos
á dos artistas, M. *Wassili Timm* y M. *Camilo Rogier*, los
cuales han habitado largo tiempo en Oriente y han po-
dido estudiar con cuidado los trajes y los tipos. El di-
bujo de M. Rogier representa un café conocido del ar-
rabal de Galata en Constantinopla; griegos, turcos y
armenios están allí reunidos, y se distinguen tanto por
sus fisonomías como por sus tocados. El dibujo de M.
Timm muestra á la vez por dentro y por fuera una
barbería en Argel. Los barberos orientales saben san-
grar, poner ventosas y sanguijuelas, y aun á veces ha-
cen tambien operaciones de cirujía. En estas tiendas
hay siempre pipas y café, dos cosas indispensables en
las costumbres de Oriente en todo sitio donde se para el
público.

Tambien hay ciertos cafés donde se corta y riza el
pelo; pero la mayor parte solo sirven para tomar café,
bebidas calientes ó frias, fumar, descansar, y divertirse
con los juegos.

El historiador *Ahmed-Efendy* dice que el descubri-
miento del café data del año 636 de la égrira; un sacer-
dote de la orden de los *Schazilyts*, en *Mocca* (Arabia) fué
el primero que hizo uso de él. He aquí como se cuenta
el hecho:

Un dia este solitario fué arrojado de su convento por
su mala conducta, y desterrado al monte *Kiouhh-Ew-
sab*; hallándose sin recursos y muriéndose de hambre
en aquel desierto, imaginó cocer las semillas de un ar-
busto que crecia abundantemente por aquellos sitios.
Tres dias hacia que se alimentaba únicamente con esta
bebida, cuando dos de sus amigos que supieron su des-
tiero le fueron á llevar sus socorros. Muy sorprendidos
se quedaron al descubrir que se hallaba tan bueno como
si no hubiera experimentado privacion ninguna.

Cúriosos de conocer la bebida á que debia la existen-
cia el desterrado, la probaron, y admirados de su per-
fume, la siguieron tomando en los diez dias que permanecieron
con su amigo. Pero ¿cuál no fué su alegría al
verse al cabo de este tiempo curados de una enferme-
dad cutánea que los afligia en extremo! No pudieron
atribuir el milagro á otra cosa que á la negra bebida.
Bien luego corrió la noticia, y los habitantes de *Mocca*
fueron á coger al monte las semillas de *cahué*, é hi-
cieron uso de ellas con la avidez que inspiran la nove-
dad y la esperanza de un medicamento tan eficaz como
agradable.

Bien luego esta semilla se volvió un remedio para to-
dos los males, y precisamente era peligroso abusar del

café cuando se tomaba por medicina; pero su gusto exquisito y su perfume hizo que se generalizase aun entre aquellos á quienes era nocivo.

El príncipe de Mocca llamó al desterrado y le colmó de beneficios, construyendo en su honor á la falda del monte un convento que dicen existe todavía. El autor de este descubrimiento se ha hecho célebre bajo el nombre de *Scheykh-Omer*. Tal es segun las leyendas árabes el original de esta bebida tan apetecida en Oriente y en una parte de la Europa.

Los árabes fueron durante largo tiempo los únicos que hicieron uso del café, que solo un siglo despues se introdujo en Egipto, en Siria, en el Asia Menor, en Persia y en la India.

En 1546, año 952 de la egira, reinando Soliman I, llamado el *Maqnisico*, llevaron el café á Constantinopla dos sirios, llamados *Hukm* y *Schemss*, que abrieron dos grandes cafés en el arrabal *Tahht'ul-Cal-aa*, como lo dice el escritor turco *Petschewy*, adonde acudieron los señores y aun los magnates á probar las delicias de la nueva bebida. Allí pasaban la mayor parte del tiempo jugando á las damas y al ajedrez, y hablando de noticias, de ciencias, de artes y de política. La afluencia llegó á ser tan grande, que los ministros de la religion anatematizaron los cafés; y sus clamores influyeron hasta el punto de que el jefe de los ulemas ó doctores de la ley, por debilidad ó por conviccion, dió un decreto declarando que *todo comestible reducido á carbon debía ser considerado como proscribido por el islamismo*.

Este decreto sorprendió á todo el mundo y fué combatido por los hombres mas entendidos, cuya opinion prevaleció, despues de largas disputas, y el sultan anuló el decreto. Entónces se abrieron mas de cincuenta cafés en Constantinopla, hasta que en tiempo de *Selim II* y de *Mourad III* se contaban allí cerca de setecientos.

Muchos de estos cafés protegidos por los ricos de la córte se volvieron otros tantos lugares de prostitucion y de desórden, y el sultan Mourad tuvo que prohibirlos, fundándose en que la bebida provocaba toda clase de excesos, y era tan perjudicial á la salud, como á las buenas costumbres. Entónces se suscitaron nuevas disputas entre los ulemas, quienes despues de maduro exámen declararon por mayoría que el café no era contrario á las leyes del Coran porque las semillas estaban *tostadas* y no *carbonizadas*. En su consecuencia Mourad III anuló tambien su decreto, y los cafés se abrieron otra vez con gran contento público. Pero despues, lo mismo que en el reinado del vicioso Selim, se vieron en los cafés los mismos desórdenes. Abundaban los crímenes y se cometian á la luz del sol, y por esto Mourad IV los prohibió otra vez, así como el tabaco, el opio y el hatschisch, considerando con razon estas sustancias como excitantes tan funestos como el vino y los licores fuertes.

Si no la letra, el espíritu del código religioso se hallaba muy bien comprendido; pero Ibrahim I, hermano y sucesor de Mourad, mas débil y ménos virtuoso, permitió su restablecimiento, y desde entónces acá no hay en Oriente una aldea, ó por mejor decir el espacio de

una legua donde no se vea un café, indispensable para la felicidad de su vida.

En todos los paseos y caminos frecuentados se hallan á veces treinta y cuarenta juntos. Construidos á veces con elegancia en forma de kioscos, se hallan siempre situados en los lugares mas alegres y pintorescos. Las imantadas riberas del Bósforo se hallan cubiertas de ellos; pero sobre todo en el barrio de *Psamathia Kapoussi*, á orillas del mar de Mármara es donde se hallan los mas elegantes y pintorescos. Generalmente están rodeados de árboles, jazmines y hermosos emparrados que

jazmin, ó de palo de cerezo lleno de un tabaco suavísimo que enciende un jóven esclavo con yesca perfumada; es beber el café gota á gota saboreándole, ó tomar sorbetes de violeta, de naranja y de rosa; por último es oír esas músicas turcas monotonas para nosotros europeos, pero deliciosas para oídos orientales. Añádase á esto la belleza del sitio que es cosa indispensable, una atmósfera caliente y convidando al descanso, hermosas sombras, y sobre todo agua, y tendrémos todos los elementos principales del *kief*.

En los países calientes el hambre no es nada, pues por todas partes se encuentra un dátil ó un higo para apaciguarla, lo atroz es la sed, lo contrario de lo que sucede en el Norte. Por eso el agua es esencial, no solo para beber, sino para recreo de los ojos; sin el agua no hay alegría, no hay sustento para el cuerpo ni para el espíritu; en una palabra, no hay verdadero *kief*, si no es al lado de una fuente ó de un estanque. El *narquile*, esa pipa acuática, solo se inventó á fin de oír ese dulce murmullo del agua tan amado en los países cálidos.

Los poetas, los músicos y los titiriteros despliegan por lo comun sus talentos en el café. Allí han nacido esos cuentos de las Mil y una Noches, y esas poesías célebres hasta el fondo del desierto, en los cafés de Bagdad, del Cairo y de Damasco. ¡Cuántas veces en el Cairo, la única ciudad que conserva quizás todo su carácter, he oído esas narraciones que no cansan nunca á los árabes!

Esas historias sufren continuas variaciones, segun la imaginacion de los que cuentan que generalmente se dejan siempre llevar por la exageracion. Tanto los cuentistas como los músicos son pagados por el dueño del café que busca con afan todo lo que puede traerle concurrencia para permanecer largo tiempo en su establecimiento con objeto de aumentar el consumo; y esto no es difícil, pues la pereza de los orientales es extremada, lo mismo que su pasion por el café. En los ayunos del *Ramazan* los cafés se visten de toda gala; las iluminaciones, los ricos vestidos de los mozos, y hasta las muñecas y sombras chinescas que divierten hasta el delirio á todo el mundo, todo se pone en juego para atraer á la muchedumbre. En Constantinopla, hombres, mujeres y niños, todo el

MAS. TIMM



Una barbería en Africa.

los resguardan de los rayos del sol, y con bancos y sofás cubiertos de tapicería, al lado de ricas fuentes cuyos elegantes pilones de mármoles esculpidos tienen un cerco de flores; estos sitios de reposo son muy estimados de los árabes, los únicos entre esas razas diferentes de griegos, armenios, judíos ó francos que comprenden el verdadero *kief*. Pero esa palabra turca que representa una cosa tan importante en la vida oriental, exige una aplicacion, pues es difícil, casi imposible de traducir por un equivalente. El *kief* es el *far niente* de los turcos, únicamente es tan superior al *far niente* como el *far niente* es superior al pasatiempo de la taberna; es la diferencia del diamante al cristal. El *far niente* es tenderse al sol ó á la sombra sin hacer nada; el *kief*, es primeramente no hacer nada que canse, y luego es tambien hallarse tendido sobre cogines fumando en una pipa de

mundo toma café desde por la mañana hasta por la noche. En cuanto se entra en casa de un comerciante, ó se hace una visita á un señor turco, árabe, persa, judío ó armenio, el dueño de la casa saca al punto café, y si la visita se prolonga se toman dos ó tres tazas. Las tazas de porcelana turca ó china, son muy pequeñas, y se ponen dentro de otras mas grandes de metal, que sirven de platillo y que llaman *zarf*. Estos *zarf* son de cobre, de plata ó de oro, y se hallan adornados con esmaltes y pedrerías. Los esclavos al presentar el café se ponen la mano derecha en el corazón. En Oriente no se toma mas que el Mocca; por este motivo, mientras duró la guerra con el Egipto, los turcos padecieron mucho con la privacion, porque esta clase de café se puso tan cara que solo los grandes señores podian comprarla.

Los árabes hacen el café de un modo muy sencillo. Después de tostarle, le machacan en un mortero de madera, de mármol ó de bronce, hasta que se reduce á polvo muy fino; luego en cuanto cuece el agua echan cinco ó seis cucharadas en una cafetera de cobre estañada, que contiene unos dos vasos de agua; entónces cada vez que se levanta espuma, se separa la vasija de la lumbre hasta que esa espuma se disipa, lo que se verifica despues que ha cocido siete ú ocho veces.

En Egipto, donde estas bebidas es un verdadero néctar, hay sitios públicos, inmensos almacenes, donde no se hace otra cosa dia y noche que tostar y moler café. Muelen el café en unas especies de artesones, á cuyos lados un batallon de hombres medio desnudos, armados de manos formidables machacan la preciosa semilla; de este modo la pasta aceitosa se queda siempre combinada con el polvo que conserva todo su sabor intacto.

Los orientales no mezclan jamás el café con la leche, rara vez echan azúcar á fin de no alterar su gusto; le beben tibio y gota á gota, espirándole é interrumpiéndose para sacar de la pipa una bocanada de tabaco. Por esta razon la pipa y el tabaco son indispensables en los cafés.

El tabaco como es sabido, no se conoció en Europa y en el Asia, sino despues del descubrimiento de la América. En Constantinopla le introdujeron los comerciantes en el año de 1605, reinando el sultan Ahmed I, lo mismo que en tiempo del café, los sabios disputaron largamente para aclarar el punto de si era ó no conforme su uso con los principios del islamismo. Los incendios que destruyeron repetidas veces la ciudad de Constantinopla, reinando Mourad IV, y que se atribuyeron á la imprudencia de los que fumaban en los cafés ó en las tiendas, determinaron al sultan á prohibir el tabaco rigurosamente. Pero la pipa se presentó de nuevo en cuanto se permitió otra vez el café, y lo mismo que esta bebida el tabaco se generalizó en todo el Oriente. Reuniendo el lujo á la voluptuosidad, los orientales aprecian tanto la hermosura de las pipas como la buena calidad del tabaco. Los tubos son por lo regular de palo de cerezo, pero tambien las hay de jazmin, cuyo palo largo y flexible es mas elegante que los otros. Se necesita tener mucha práctica para saber arreglar las cuerdas y los pesos que deben conservar rectas y sin nudos las varas del jazmin, del cerezo ó del rosál, destinadas para tubos de pipas. Se prefieren estas maderas á causa de su perfume que va muy bien con el gusto del tabaco. Estos tubos llevan á veces por adorno hilos de seda, de oro ó plata; la embocadura es de ámbar blanco ó amarillo, de coral ú otras piedras duras, á veces con diamantes y esmaltes, y no es raro que algun rico bajá fume en pipas de un valor de tres ó cuatro mil duros. Las de las mujeres de elevada condicion son mas elegantes todavía. Tambien se usan pipas á la persa, dispuestas de modo que el humo despues de atravesar el agua de rosa, llega á la boca frio y perfumado. Estas pipas se llaman *narguilé* en Constantinopla, y *chuché* en el Cairo. El receptáculo donde se quema el tabaco es de una tierra roja, fria y blanda, donde pueden trazarse

dibujos y esculturas. La política exige que se ofrezca á las visitas la pipa lo mismo que el café, y fácilmente se comprenderá lo que deben gastar los grandes señores para tener siempre dispuestas cincuenta, ciento, y aun doscientas hermosas pipas. Hay muchos esclavos consagrados únicamente á este trabajo, y cuando los aposentos no son muy grandes, las pipas se cruzan de tal modo en ellos, que es preciso toda la calma turca para no causar choques ni incendios; la atmósfera, cuando el frio obliga á cerrar las ventanas, se pone tan espesa, que no se distinguen ni aun los objetos mas cercanos.

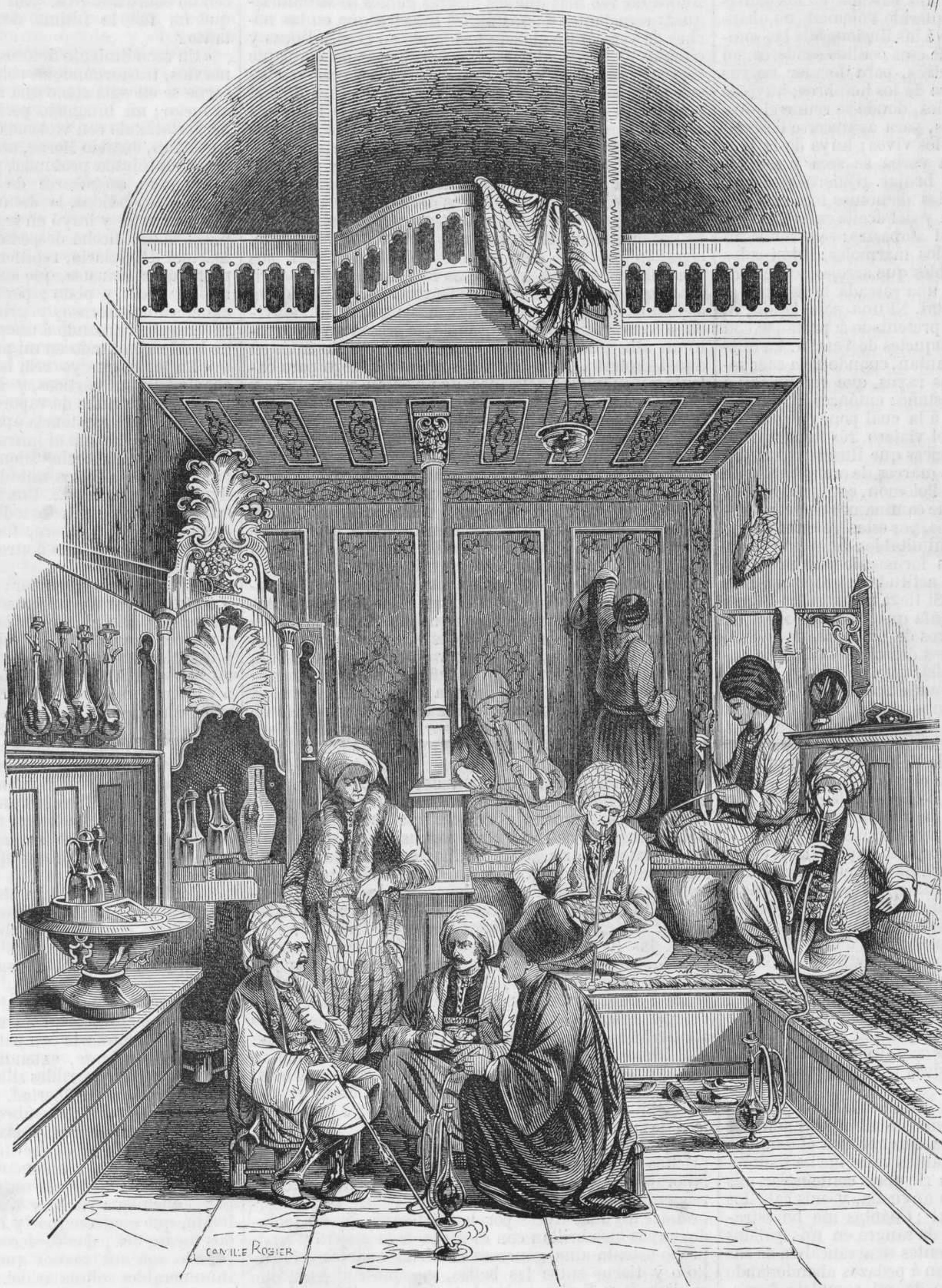
No hay musulman que no haya adquirido el hábito desde niño de fumar diez y veinte pipas por dia, bebiendo otras tantas tazas de café. Como todos aquellos que se sienten debilitados por los excesos, creen reparar sus fuerzas con nuevos excitantes; pero no tardan en sufrir la ley fatal, impuesta á todo el que violenta la naturaleza, viéndose condenados ántes de tiempo á una impotencia física y moral. A nuestro juicio, esta es una de las causas del estado de entorpecimiento en que se encuentra hoy este pueblo tan inteligente por organizacion como lo probó en otro tiempo. Pero el abuso de

los soporíficos que aleja todo trabajo intelectual, é inclina por el contrario á la satisfaccion de todos los instintos animales, ha gastado los resortes de su entendimiento; y esa nacion que lleva en la fisonomía el tipo mas noble de la mano del Criador, ese pueblo dotado de todos los beneficios del cielo sobre la tierra prometida, donde le habria sido fácil llegar á la mayor perfeccion posible, parece de flaqueza de ánimo y de indiferencia.

Ya como las aves de rapiña sobre los cadáveres, los pueblos vecinos apresuran su agonía y se encarnizan sobre él para despedazarlo; porque la caridad y la justicia, la predicamos de hombre á hombre, pero no la preconizamos de pueblo á pueblo. ¡Cuántas declamaciones hemos leído, sobre aquellos que creyendo hacer una cosa santa predicaron la obra de las cruzadas! Y sin embargo, habria muchos que seguirian hoy aquella obra, á pesar de la reputacion filosófica del siglo XVIII. Sí, la guerra, el combate de la verdad contra el error, pero con la palabra, nunca con la espada. De la una sale la luz que alumbra; del choque de la otra, el fuego que consume y devora.

Acordémonos tambien para ser justos con los pueblos de Oriente, de que su país fué la cuna de las ciencias y las artes; y si esas razas que tienen el mismo origen que nosotros se hallan aletargadas en este momento, para eso produjeron mucho en épocas remotas. Literatura, arquitectura, pintura y música, álgebra, astronomía, química, medicina, agricultura, fabricaciones de toda clase, todo nos lo enseñaron, ó á lo ménos nos lo dejaron indicado. Y aun podemos añadir que somos inferiores á ellos en muchos ramos; por consiguiente no seamos orgullosos, no les tratemos como á bárbaros, y coloquémoslos como es debido, en la gran familia humana.

A de B.



Un café en Turquía.

Un turco, un árabe, ó por mejor decir un hombre de Oriente, no sale jamás sin su pipa y su tabaco, porque estos objetos de pura voluptuosidad son ya en esos pueblos una necesidad verdadera.

Tendido sobre la yerba al borde de una fuente, ó á la sombra de un plátano, el musulman tuma en su pipa ó bebe su café, repite muchas veces el nombre de *Allah*, y descansa horizontalmente, considerando como unos perros á todos los que no hacen lo mismo.

Los subalternos no fuman nunca ante sus superiores. El consumo de tabaco que hay en esos países, es prodigioso, inmenso. Muchos distritos suministran esta planta, pero el tabaco preferido es el de *Yenidje* en Morea, y el de la *Attaquia* en Asia. No se hace caso ninguno de los tabacos extranjeros. Nadie lo masca, pero algunos lo toman por las narices, y todos lo fuman, la mayor parte con exceso.

mos inferiores á ellos en muchos ramos; por consiguiente no seamos orgullosos, no les tratemos como á bárbaros, y coloquémoslos como es debido, en la gran familia humana.

Smarra

Ó LOS DUENDES DE LA NOCHE.

(Conclusion.)

— ¡Lucio!... ¡Lucio!...
— ¡Polemon!... le contesté. ¡Querido Polemon! ¡Amigo y salvador de Lucio!...

—Fué en el otro mundo, me replicó bajando la voz: ya me acuerdo... sí, en aquella otra vida, que no pertenecía al sueño y á sus fantasmas.

—¿Qué es lo que dices de fantasmas?

—Mira, me contestó extendiendo la mano hacia el crepúsculo, ahí vienen.

—¡Oh! No te entregues á las inquietudes de las tinieblas. Cuando las sombras de las montañas bajan engrandeciéndose y acaban por confundirse en silencio sobre la oscura tierra; cuando las fantásticas imágenes de las nubes se extienden y entran juntas bajo el velo protector de la noche, como esposos clandestinos; cuando las aves de rapiña empiezan á chillar en los bosques y cantan los reptiles con su voz cascada en las orillas de los pantanos... entonces, querido Polemon, no abandones tu atormentada mente á las ilusiones de las sombras y de la soledad. Huye de esos ocultos senderos, en los cuales se citan los espectros, para formar negras conjuraciones contra el reposo de los hombres; huye de las cercanías de los cementerios, donde se reúne el misterioso concejo de los muertos, para aparecerse despues envueltos en sus sudarios, á los vivos; huye de la pradera descubierta, en que la yerba se seca y muere, herida por los pasos de las brujas. ¿Quieres creerme, Polemon? No ignoras que los demonios temen á los vapores odoríferos de la cera y del aceite embalsamado que brillan suavemente en el alabastro: se estremecen al aspecto de los pulimentados mármoles, iluminados por lustros de cristales móviles que arrojan sobre ellos reflejos de diamantes, como una cascada herida por el último rayo del sol horizontal. Ni una sola lámina, ni una vieja descarnada se han presentado á profanar con sus asquerosos rostros los banquetes de Tesalia. La misma luna que invocan, la espantan, cuando deja caer sobre ellos uno de sus pasajeros rayos, que comunican á los objetos el débil color del estaño: entonces huyen con mas rapidez que la culebra, á la cual pone en guardia el grano de arena que pisa el viajero. No temas que te sorprendan en medio de las luces que iluminan mi palacio y que hacen resaltar los marcos de oro y los tersos cristales de los espejos. Mira, Polemon, con qué rapidez se alejan de nosotros desde que caminamos entre las hachas de viento de mis esclavos, por estas galerías llenas de estatuas, obras maestras inimitables del genio de la Grecia. La inmovilidad de sus formas, la pureza de sus rasgos, la tranquilidad de sus actitudes, siempre eterna, sosgoarian al mismo miedo. Si llega á tus oídos algun ruido extraño, es el de la ninfa que esparce sobre tus fatigados miembros los tesoros de su urna de cristal, con los cuales mezcla perfumes desconocidos hasta ahora en Larisa, á saber: el ámbar que yo mismo he cogido en las orillas de los mares donde nace el sol; el jugo de una flor, mil veces mas suave que la rosa, y que solo crece en las espesas sombras de Coreyro, y las lágrimas de un arbusto querido de Apolo y de su hijo, el cual ostenta en las rocas de Epidauro sus ramilletes de púrpura, que tiemblan con el peso del rocío.

Mira tambien á Mirta, á la bella entre las bellas, á la mas jóven de mis esclavas, á la que has visto inclinarse para contemplarte, porque ama todo lo que yo amo... posee encantos que nadie conoce mas que ella y el espíritu que se los comunica durante el sueño: ahora anda errante como una sombra al rededor de los baños; corre entonando canciones que ahuyentan á los demonios, y hiere con sus dedos las cuerdas del arpa que le presentan los genios obedientes á sus deseos. Escucha las vibraciones de ese instrumento mágico; escucha la voz del arpa de Mirta; es un sonido grave y solemne, que hace olvidar las cosas de la tierra, que se prolonga y se sostiene ocupando el alma como un pensamiento fijo, para volar despues y desaparecer en el espacio. Dime, Polemon, ¿no oyes esos ecos divinos que arrojan lejos de nosotros las negras ideas sugeridas por las infernales brujas de Tesalia?

He experimentado todas las ilusiones buenas y malas de los sueños. ¿Qué hubiera sido de mí sin los auxilios del arpa de Mirta y sin su voz, que turbaba el doloroso descanso de mis noches? ¿Cuántas veces me he inclinado desde un puente sobre un rio para contemplar mis facciones desencajadas por la angustia, y mis cabellos erizados por la desesperación! ¿Cuántas me he estremecido al descubrir señales de sangre en mis pálidos labios, y al sentir que mis dientes se arrancaban de sus alvéolos, y que mis uñas caían á pedazos abandonando sus raíces! ¿Cuántas asustado de mi completa desnudez me he entregado inquieto á los sarcasmos de la multitud, con una túnica mas corta, mas ligera, mas transparente que la que ostentan las cortesanas en vergonzoso desenfreno! ¿Cuántas me han sobrecogido sueños mucho mas espantosos y horribles! ¿Y qué hubiera sido de mí, repito, sin los consuelos del arpa de Mirta, sin su voz celestial, sin la armonía que enseña á sus hermanas cuando la rodean obedientes para calmar los terrores de los desgraciados que duermen, para repetir á sus oídos cantos suaves y melancólicos que ahuyentan los sueños tempestuosos del corazón?

Las hermanas de Mirta han preparado el festin. Ya veo á Theis, hermosa entre las hermosas hijas de Tesalia: allí está mezclando en el espumante vino de las preciosas copas la miel mas exquisita que se coge en los encantados prados de Sicilia. Privada la abeja de su tesoro, vuela inquieta por medio de las flores, y pide su miel á los céfiros que embalsaman el aire; murmura de dolor porque sus erias no encontrarán asilo en ninguno de los mil palacios que ella ha construido con ligera y transparente cera, y porque no llegarán á probar la deliciosa miel que ha cosechado para ellas en los perfumados bosques del monte Hybla. Theis y sus her-

manas se afanan sumisas en los preparativos del banquete, cubren de flores las granadas, y de hojas de rosa la espumosa leche, y echan á los hornillos ámbar é incienso, que levantan llamas azules, y acarician sus labios de oro, confundiendo con las de color de púrpura que vuelan sobre la superficie del vino. Las llamas suben, bajan y se extravían como el fantástico sueño de la soledad, que se recrea en los espejos de las fuentes. ¿Quién podrá decir cuántas veces ha circulado la copa en torno de la mesa del festin, y cuántas ha vuelto á colmarse del sabroso néctar? Jóvenes, escanciad; no escaseéis el vino ni el hidromiel. Vamos; otra libación para que huyan despavoridos los duendes de la noche. Ahora no veo mas que los alegres genios de la embriaguez: semejantes á esos ágiles insectos que en las noches de verano revolotean formando en el aire líneas y círculos de fuego, alegran con sus chispas de diamante mis turbados ojos, y refrescan con la brisa que sacuden sus alas, esta ardorosa frente que se inclina bajo el peso de los densos vapores del vino. La nube luminosa se pasea, se mece inconstante, descansa ó se revuelve inquieta, y cae por último sobre la copa de un pino, que aparece de pronto iluminado, como una pirámide consagrada á las fiestas públicas. Cuando el extraviado viajero busca con ansia á través del horizonte un punto luminoso que le ofrezca asilo protector, los maliciosos genios le hacen dar mil y mil vueltas por el bosque, engañándole con sus fugaces luminarias, con sus voces fingidas ó con los lejanos ladridos del perro vigilante que cuida una quinta solitaria: así abusan de la confianza del pobre viandante, hasta que al fin, movidos á compasión por su cansancio, le presentan de pronto un albergue inesperado que nadie ha visto antes en aquel desierto. A su llegada encuentra fuego para calentarse, manjares delicados que excitan su apetito, y una jóven tan hermosa como las tres Gracias, que le sirve, sin levantar la vista hacia él, porque el instinto del pudor la dice que es peligroso para ella mirar al extranjero. Sorprendido al siguiente dia de una acogida tan benévola, se levanta y conoce que por haberse extraviado en el bosque, se encuentra en un atajo que acorta muchísimo su viaje: su corcel relincha impaciente y hiere el suelo con su pezuña en señal de que quiere lanzarse al galope. Un duendecillo salta desde el jardín del albergue á la grupa del caballo, enreda sus dedos en las pobladas crines, y las peina con increíble presteza, las arregla en lustrosas ondas, celebra con un chillido de placer las maniobras que ha ejecutado con el viajero, y huye á reirse del despecho de otro mortal dormido, que rabia de sed, que ve huir de sus labios un manantial tan límpido como refrigerante, que examina desesperado el fondo de una copa vacía, y que al despertar la encuentra colmada del mas rico vino de Siracusa, que el duende ha exprimido de racimos selectos, burlándose al mismo tiempo de las inquietudes que causa.

Aquí puedes beber, hablar y dormir sin temor, porque los duendes son amigos nuestros: refiere pues, Polemon, los extravagantes dolores que has creído sentir bajo el imperio de las brujas, porque los tormentos con que abruma á nuestra imaginación, se reducen á las ilusiones de un sueño, mas ó menos pesado, que se desvanece cuando brillan en el horizonte los primeros rayos de la aurora. Theis, Thelaira y Mirta desean oírte: habla, Polemon, y cuéntanos tus angustias, tus terrores y las locuras de tus noches... Theis, acércanos las copas... Thelaira, sonríete cuando él hable para que su alma se consuele... y tú, Mirta, cuando veas que se entrega á desesperadas ilusiones, canta y haz resonar las cuerdas de tu arpa melancólica. De este modo pasaremos las terribles horas de la noche, esas horas fatigosas en que imperan tumultuosamente los sueños, llevándonos de placeres en placeres, y de tormentos en tormentos, por todas las alternativas de la existencia, hasta que los resplandentes rayos del sol empiezan á sacar á la naturaleza de su letargo.

¿No conocéis, amables jóvenes, dijo Polemon, los caprichos de las mujeres? Sin duda habeis amado, y no ignorais como el corazón de una viuda que distrae sus recuerdos en las solitarias orillas del Peneo, se deja sorprender algunas veces por la tez tostada de un soldado, cuyos ojos brillan con el fuego de la guerra y cuyo pecho ostenta una generosa cicatriz. Aparécese orgulloso y tierno entre las bellas, semejante al león, que en dichosa y fácil servidumbre, procura olvidar el fastidio del desierto. De este modo quiere el soldado entre tener el corazón de la mujer, cuando no le llama el clarín guerrero, y cuando el combate no ofrece sabroso estímulo á su impaciencia. Tambien sabeis, porque sois de Tesalia, que ninguna mujer se ha igualado en belleza á la noble Meore, que desde su viudez arrastra lutos blancos bordados de plata: Meore es la mas hermosa de todas las criaturas de Tesalia. ¡Oh! ¿Cuántas veces he aspirado el aire perfumado que la rodea, el polvo que sus pies levantan! ¿Cuántas me he adelantado á ella para robar un rayo á sus miradas, un soplo á su boca y un átomo al torbellino que acaricia y adula sus movimientos! ¿Cuántas al sentir el contagioso roce de su túnica, me he estremecido en los amenos verjeles de Larisa! Cuando ella los recorria, rugian las nubes, como al aproximarse la tempestad; mis oídos zumbaban, oscurecíanse mis pupilas en sus extraviadas órbitas, y mi corazón se anonadaba bajo el peso de una alegría intolerable. Estaba allí Meore, y yo saludaba á las sombras que se habian extendido sobre ella, y al aire que habia descompuesto sus vestiduras: yo preguntaba á los árboles y á las flores ¿habeis visto á Meore? Si se recostaba sobre un lecho de rosas, ¿con qué

afan recogia yo las rosas que su cuerpo habia destrozado! El mismo delirio me hacia besar los blancos pétalos pintados de carmin, que adornan la inclinada frente de la anémona, las brillantes flechas que arroja el disco de oro de la margarita, y el velo de gasa que rodea al tierno lirio, antes de que lo vivifique el sol. Meore no podia menos de fijar su atención en mí... Cierta dia, á la hora del crepúsculo, encontré su mirada... se sonreía... pasó delante de mí, pero acertó el paso y se volvió para verme. El aire no movia su cabellera, y sin embargo ella levantó la mano como si procurase arreglarla. La seguí, Lucio, hasta el palacio, hasta el templo de la princesa de Tesalia, y la noche descendió sobre nosotros. ¡Ah! ¿Qué noche de terror! ¿Por qué no fué la última de mi vida? ¿Por qué duró tanto?

«Un sacudimiento doloroso recorria rápidamente mis nervios, trastornándolos con inesperados temblores: mi carne se encogia como una membrana seca aproximada al fuego; mi hinchado pecho parecia que iba á romper, estallando con violencia los lazos de hierro que lo sujetaban, cuando Meore, sentada á mi lado, fijó en mis ojos una mirada profunda, puso su mano sobre mi corazón para asegurarse de que los movimientos estaban suspendidos, la detuvo allí, pesada y fría por largo espacio, y huyó en seguida lejos de mí, con la rapidez de una flecha despedida por el arco. Corria por el mármol del palacio, repitiendo las tonadas de las viejas pastoras de Siracusa, que encantan á la luna en sus nubes de nácar y plata; perdíase en la profundidad de aquel salon inmenso, y gritaba de vez en cuando horriblemente llamando á unos amigos, á quienes todavia no habia nombrado en mi presencia.

»En tanto que yo veia bajar por las paredes, estrecharse bajo los pórticos, y balancearse en las bóvedas una inmensa nube de vapores, diferentes entre sí y que solo tenian de existencia apariencias de formas, un rumor tan débil como el murmullo del mas tranquilo estanque, en una noche silenciosa, llegó indeciso, reflejando por los objetos ante los cuales flotaban aquellas figuras transparentes... Una llama azulada y chispeante salió repentinamente de todos los ángulos de la formidable estancia, y Meore, furiosa como un bacante en delirio, volaba de uno á otro murmurando estas confusas palabras:

«Aquí la verbena en flor; allá... tres ramas de sauce, » cogidas á media noche sobre las tumbas de los que » han perecido al filo de la espada; al otro lado... el » velo de la viuda, cuyo esposo ha sido degollado por » un falso amigo. A ese otro, las lágrimas de la tigre, » muerta de hambre, que no se consuela porque ha de » vorado á uno de sus hijuelos.»

»Y sus trastornadas facciones expresaban tanto sufrimiento y horror, que casi tuve lástima de ella. Temiendo ver interrumpidos sus conjuros por algun obstáculo imprevisto, saltó de rabia, se alejó, volvió con un lazo compuesto de trece crines arrancadas á una yegua blanca por el mismo ladrón que habia asesinado á su amo, y con aquella trenza flexible hizo bailar rhombus de ébano. Las llamas se enderezaban como lenguas de serpientes, y las sombras aparecieron contentas y satisfechas.

«Venid, venid, gritaba Meore; es preciso que los espíritus de la noche se apaciguen y que se alegren los muertos. Traedme la verbena en flor, el sauce cogido » á media noche, y el trébol de cuatro hojas: entregad » ramilletes escogidos á Saga y á sus nocturnos satélites.»

Dirigiendo despues sus miradas al áspid de oro, cuyos pliegues se enroscaban en su desnudo brazo, lo desató y empezó á llamarle con palabras secretas; animada al punto la serpiente, extendió sus brillantes anillos y huyó lanzando horribles silbidos, semejante á un esclavo que recobra su libertad. Al mismo tiempo se abren todas las bóvedas, descúbrense todos los espacios del cielo; bajan los astros, y las nubes se aplanan y tocan la tierra cubriéndola de tinieblas. La luna, tinta en sangre, se parece á un escudo de hierro, sobre el cual se deposita el cuerpo de un jóven esparciado, degollado por el enemigo; rueda y hace pesar sobre mí su disco livido, que oscurece mas y mas el humo de los apagados fuegos del palacio. Meore prosigue corriendo y golpeando con sus manos que despiden relámpagos, las innumerables columnas del salon, entre las cuales aparecen ejércitos de fantasmas: no hay una sola entre todas que no presencie el sacrificio de un niño recién nacido, arrancado á las caricias de su madre. ¡Piedad!... ¡Piedad!... exclamé para esa madre infortunada que disputa su hijo á la muerte. Pero esta ahogada súplica no llegaba á mis labios, sino con la fuerza del soplo de un agonizante, que dice... ¡Adios! Si; espiraba en mi boca balbuciente por medio de inarticulados sonidos; moria como el grito del hombre que se ahoga y que en vano procura confiar á las mudas aguas su última desesperación. Las aguas insensibles sofocan su voz, la cubren, devoran sus quejas... ¡Ah! No las llevarán hasta la orilla.

Mientras procuraba yo con todas mis fuerzas desechiar el terror que me anonadaba y apartar de mi pecho alguna maldición del cielo, exclamó Meore:

—¡Miserable! Recibe el castigo que merece tu insolente curiosidad. Te has atrevido á violar los encantos del Sueño... Hablas, gritas y ves... Pues bien: desde hoy solo hablarás para quejarte, solo gritarás para implorar en vano misericordia, y solo verás escenas de horror que helarán tu sangre.

Hablando así con acento mas desgarrador y estridente que el chillido de la herida hiena que amenaza al

cazador, sacó de su dedo la brillante turquesa que lo adornaba, y cuyos colores deslumbraban la vista como los del arco iris; apretó un resorte oculto que levantó la piedra, y descubrió en el estuche de oro que la servía de cama, un monstruo sin color y sin forma, que saltó rugiendo y fué á refugiarse al seno de la hechicera.

— Ya estás aquí, exclamó esta, mi querido Smarra, único favorito de mis pensamientos, desesperacion del hombre y encanto de las hijas de la noche. Véte, pues te lo mando, espíritu adulator y terrible; atormenta á la víctima que te he entregado, y ofrécele suplicios tan crueles como los del infierno que te ha concebido, y tan intensos é implacables como mi cólera. Deléitate en las angustias de su corazon palpitante; cuenta los convulsivos latidos de su pulso, que ora se precipita, y ora se detiene; contempla su dolorosa agonía, y suspéndela para comenarla de nuevo. Solo á este precio, oh fiel esclavo del amor, podrás, despues que huyan los sueños, volver al lado de tu amada y estrechar en tus brazos á la reina de los terrores nocturnos.

Dice, y el monstruo salta de su mano abrasadora, hiede los aires con la rapidez de un relámpago, extiende sus alas extrañamente festoneadas, sube, baja, se aumenta, se encoje, y semejante al deforme enano, cuyas manos aparecen armadas de uñas de metal mas finas que el acero, que penetran en la carne sin desgarrarla, y que beben la sangre, como si poseyeran la insidiosa trompa de las sanguijuelas, se aferra rabioso contra mi corazon, levanta su enorme cabeza y se rie. En vano buscan mis miradas en el espacio un objeto que las tranquilice: todos los duendes de la noche sirven de escolta al horrible duende ó demonio de la turquesa: mujeres espantosas de ebrios rostros, serpientes de fuego y de color de violeta, avechuchos inmundos, insectos asquerosos, cabezas separadas de sus cuerpos, nadando en lagos de sangre y clavando en mí sus horribles ojos... ¡Oh! ¡Qué tremendo martirio para tu amigo Polemon!

Desde esa noche funesta, oh Lucio, no há habido noches tranquilas para mí. Los duendes de la noche todo lo invaden, y no bien mis párpados, cansados de luchar contra el temible sueño, se cierran rindiéndose al cansancio, cuando se presenta el formidable escuadron, como cuando le ví salir con Smarra á su frente, del anillo mágico de Meroe. Dan vueltas á mi alrededor, me aturden con sus alaridos, me fatigan con sus carcajadas y corrompen mis labios temblorosos con sus caricias de harpías. Meroe los guia y cabalga sobre ellos sacudiendo su larga cabellera... Ayer mismo... eran sus formas y sus facciones; sus ojos fijos y cóncavos estaban llenos de sangre; lágrimas de sangre surcaban sus mejillas, y su mano, extendida y descarnada, imprimía en el espacio una marca de sangre.

— Ven, me dijo, ven á visitar el imperio que doy á mi esposo, porque quiero mostrarte todos los dominios del terror y de la desesperacion.

Alejóse, al decir esto, de la tierra... el camino que atravesabamos era espantoso... Figúrate la mansion fúnebre, en que las brujas amontonan los restos de las inocentes victimas de sus sacrificios... ¡Ah! entre esos restos no hay uno solo que no conserve su voz, sus gemidos y su llanto... Figúrate unos muros animados, que se estrechan por todas partes ante tus pasos, y que poco á poco sujetan tus miembros... El pecho oprimido se levanta, se estremece, hace esfuerzos para aspirar el aire de la vida entre el polvo de las ruinas, el humo de las antorchas mortuorias, la humedad de las catacumbas y el hedor pestífero de los muertos: al mismo tiempo llegan los monstruos chillando con todas sus fuerzas: — Ya no respirarás...

Despues de haber recorrido una distancia que á ninguna otra puede compararse el idioma del hombre, ví salir por un respiradero tan alejado de nosotros como la última de las estrellas, varios reflejos de suspirada claridad. Meroe, llena de esperanza, voló á su encuentro; yo la seguí arrastrado por un poder irresistible: además el camino que habiamos dejado, borrado como la nada, acababa de cerrarse detrás de mí. A poco rato me encontré de nuevo envuelto en densísimas tinieblas y rodeado por todas las infernales brujas de la Tesalia. El torbellino de sus carreras me causaba vértigos, y sin embargo corría desalado, sin poder fijar los piés en parte alguna. Por fin llegamos. ¿Adonde? No lo sé: los sepulcros estaban abiertos; los cadáveres bailaban envueltos en sus blancos sudarios; los monstruos devoraban víctimas sin cuento y... ¡qué horror! me obligaban á asociarme á su execrable festin...

Al pronunciar estas palabras, se incorporó Polemon en su lecho, pálido, con los cabellos erizados y la mirada fija y terrible: nos llamó con un acento que nada tenía de humano... Pero resonó el arpa de Mirta; los monstruos huyeron de la imaginacion de mi amigo... Polemon se durmió tranquilamente mecido por los encantos del instrumento de la doncella de Tesalia.

Los vapores del vino habian embotado mis sentidos, y á mi pesar veía los fantasmas de Polemon, errantes por los mas apartados rincones de la sala del festin. Proseguia él dormido profundamente en su lecho cubierto de flores, y mis jóvenes esclavas tambien habian reclinado sus cabezas sobre las arpas que no abandonaban sus manos. Los cabellos de ora de Mirta cubrian su rostro encantador; pero los monstruos no habian desaparecido, pues continuaban bailando en las sombras de las columnas y entre el humo de las hachas de viento. Cansado de aquel impostor prestigio de la embriaguez, acerqué á mi cabeza los frescos ramos de la preservadora yedra, y cerré los ojos, atormentados ya por las ilusiones de la luz. Al punto oí un rumor extraño, compuesto de voces graves y amenazadoras, ó

injuriosas é irónicas. Una de ellas recitaba versos de Eschilo; otra las últimas instrucciones que me habia dado al morir mi pobre abuelo: de vez en cuando, y semejante á una bocanada de viento, se acercaba á mí una figura cuyo aliento sentia en mi mejilla, y que huía riéndose con mofadora carcajada al ver que yo abría los ojos. Otras mil ilusiones tan extrañas como horribles se siguieron á esta: creia ver, á través de una nube de sangre todos los objetos que acababan de fijar mis miradas; flotaban delante de mí, y me perseguian con sus acusadores gemidos: Polemon, sin moverse, y Mirta, apoyada en su arpa inmóvil, lanzaban contra mí furiosas imprecaciones, pidiéndome cuenta de asesinatos que no habia cometido: yo me incorporaba para contestarles, y extendia los brazos convulsivamente; pero en el mismo instante oprimian mis manos y mis piés abrasadores nudos de hierro, que me obligaban á permanecer en pié derecho entre dos hileras de soldados, cuyas lanzas, rematadas en agudas puntas de acero, representaban una prolongada serie de candelabros.

Púseme en marcha poco despues, buscando con la vista en los aires el vuelo de la paloma viajera, para confiar á sus suspiros, ántes de la catástrofe que preveia, el secreto de un amor oculto, que podría referir algun dia, pasándose sobre una casita blanca, situada en las inmediaciones de la bahía de Coreyro; pero la paloma lloraba en su nido, porque el buitre acababa de arrebatarse el mas lindo de sus polluelos, y yo me adelanté tristemente hácia el término de aquel trágico viaje, en medio de los murmullos de una multitud que esperaba impaciente verme pasar.

— ¡Allá va! gritaban todos, ¡allá va!

— Le he visto en un campo de batalla, decia un soldado, pero entónces no estaba lívido como un espectro, y parecia valiente en la guerra.

— ¡Qué pequeño es ese Lucio que nos pintaban como un Aquiles ó un Hércules! observaba cierto enano.

— ¿Es posible, preguntaba un anciano, que su corazon abrigue tanta ferocidad? Antes se asemejaba á mi padre.

— ¡Él! ¡él! repuso una mujer, cubriéndose con su velo para evitar mi horrible aspecto. ¡El asesino de Polemon y de la bella Mirta!

— Se me figura que ese monstruo me mira, añadió otra. Ciérrate, ojo de basilisco; alma condenada, el cielo te maldiga.

Miéntas tanto, las torres, las calles, la ciudad entera daban vueltas al rededor mio, hasta que, por fin, llegué á una gran plaza, rodeada de edificios majestuosos y llena de ciudadanos de todas clases, que abandonaban sus deberes por gozar de un espectáculo palpitante. Los balcones estaban atestados de curiosos, que se disputaban los mejores puestos, y hasta las cornisas y los tejados de los palacios contenian mil y mil espectadores. Una jóven cantaba y vendia en la plaza la historia de mi suplicio, repitiendo las palabras que yo no habia pronunciado todavía y la confesion de mis maldades para revelarme unos misterios tan atroces que asustarian al criminal mas empedernido é impenitente. Un hombre mal encarado me hizo subir las escaleras de un tablado; allí me sentaron en un banquillo... dirigí estúpidas miradas á la multitud, pues deseaba encontrar algun amigo que me dirigiese su último adiós; pero solo ví á Mirta, que se habia despertado y pulsaba el arpa riéndose, y á Polemon, que empuñaba la copa, colmada de exquisito Siracusa. Entónces entregué mi cuello al ejecutor de las altas obras, y... nunca han experimentado las vértebras del hombre estremecimiento tan doloroso; era frio como el último beso de la fiebre, agudo como el acero refinado, devorador como el plomo derretido. Una conmocion terrible me sacó de aquella angustia... mi cabeza habia rodado por el cadalso, y estaba expuesta á caer entre las manos de los niños de Larisa, que juegan con cabezas de muertos, cuando felizmente se detuvo junto una tabla mas levantada que las demás, é hizo presa en ella con toda la rabia que la desesperacion presta á la agonía.

Un hombre acababa de morir públicamente, y todos los ciudadanos se retiraron satisfechos. ¡Mirta! ¡Mirta! exclamé sin abandonar la tabla salvadora, que me libraba de otras mil afrentas. ¡Lucio! ¡Lucio! me respondió ella: nunca duermes tranquilo, porque siempre bebas una copa de mas. Te perdono, con tal que no interrumpas mi sueño.

Poco despues ví á mi lado á un hombre con la cabeza echada hácia atrás... su pecho ostentaba una cicatriz triangular, la de la herida de lanza, que arrebató á Polemon en el sitio de Corinto... Era él, y dormia tranquilo. Busqué á Mirta, y la divisé inmóvil y pensativa, clavando una mirada en el guerrero y mostrándole con la mano á Thelaira y á Theis. De pronto apareció Meroe con el áspid de oro, que arrojaba estridentes silbidos: el temible Smarra retiraba ya sus huestes nocturnas del imperio de las sombras, porque se acercaba la luz del dia.

Theis, Thelaira y Mirta bailaban desmelenadas y lanzando gritos penetrantes. Levántate, me decian; y al mismo tiempo destrozaban mi quebrantado pecho, pisoteándolo sin piedad ni misericordia. Entónces procuré romper las ligaduras de hierro que oprimian mis manos, tan temibles al enemigo en los juegos del cesto y del pugilato; despues descargué golpes mortales sobre el pecho del asqueroso enano, que hasta entónces me habia perseguido sin cesar... ¡Qué horror! Su pecho se hundia y volvía á elevarse semejante á una esponja, y el enano se reia de mis desesperados é impotentes esfuerzos.

La cicatriz de Polemon brotaba sangre, y Meroe, ebria de placer, enseñaba á sus compañeras el corazon del soldado, que acababa de arrancar de su pecho: todas las hijas de Larisa querian arrebatárselo; pero Smarra protegía con su rápido vuelo y sus amenazadores silbidos la horrible conquista de la reina de los terrores nocturnos, al paso que con el extremo de su trompa, cuya larga espiral se enroscaba como una víbora, acariciaba el corazon ensangrentado de Polemon para calmar la sed impaciente que le devoraba.

Desapareció por fin el encanto, y caí despierto sobre el lecho de Polemon, miéntas huian léjos de mí los monstruos, las brujas y todas las ilusiones de la noche. Mi mismo palacio y las jóvenes esclavas que formaban su mas bello adorno ¿dónde estaban? Solo se distinguian la tienda de un guerrero herido al pié de las murallas de Corinto y el fúnebre cortejo de la muerte. Las lúgubres antorchas empezaban á apagarse, y solo se oian cánticos dolorosos... Polemon... ¡Oh rabia! mi mano pedía inútilmente una débil ondulacion á su pecho... Su corazon no palpitaba... aquel pecho estaba vacío.

¡Ah! ¿Quién vendrá á romper los puñales? ¿Quién logrará estancar la sangre de mi hermano y hacer que vuelva á la vida? ¿Qué he venido á buscar aquí? ¡Dolor eterno! Larisa, Tesalia, ondas del Peneo que aborrezco... ¡Oh Polemon!... ¡Polemon!

«¿Qué dices ahí de puñales y de sangre? ¿Quién te obliga á pronunciar palabras sin orden, ó gemir con voz ahogada, como el viajero á quien asesinan durante su sueño y que se despierta para morir?... Lorenzo... mi querido Lorenzo...»

Lísida... Lísida... ¿me has hablado? He creído reconocer tu voz y que los duendes huian. ¿Porqué me has dejado, miéntas recibia yo en mi palacio de Larisa los últimos suspiros de Polemon en medio de un ejército de brujas?

«No conozco á Polemon ni á Larisa, ni á tus brujas de Tesalia. Solo conozco á Lorenzo, á mi querido Lorenzo. ¿No te acuerdas de que hace ocho dias se celebró nuestro matrimonio? Mira; ya ha amanecido. ¡Qué hermoso es el cielo de la Lombardía!»

Las sombras van y vienen, me amenazan, me hablan de Lísida y de un sueño que he tenido en lejanos países.

«Eres un ingrato, Lorenzo; no quiero escuchar tus delirios.»

¿Dónde están Theis y Mirta? ¿Dónde las arpas de Tesalia? No... no me he equivocado, Lísida; he oido tu voz, y debes estar ahí, á mi lado; tú solo puedes liberarme de las escenas vengadoras de Meroe: librame tambien de Theis, de Mirta y de Thelaira.

«¡Ah! ¿Qué mujeres son esas? ¿Conqué quieres castigarme porque ayer bailé con otro? Pero si se hubiera atrevido á hablarme de amor...»

Dios le preserve de semejante tentacion. Pero ¿es cierto que estamos en nuestra hermosa quinta de Arona? ¡Oh! deja que abra los ojos... ¡Cielos! ¿No he viajado esta noche por la Tesalia?

«Desecha esas quimeras y acaba de despertarte, Lorenzo: escucha el ruido del lago de Arona y mira los rayos del sol que alegran nuestras campiñas; respira la brisa de la mañana, y ten presente que las aguas del Peneo están muy distantes de aquí.»

Nunca comprenderás lo que he padecido esta noche en sus orillas. ¡Funesta enfermedad! Apenas cierro los ojos, cuando se presentan á mi imaginacion las mas horribles escenas de desolacion y de sangre. Las últimas me han envejecido diez años.

«Te aseguro que tus cabellos son todavía negros y lustrosos: por lo demás, yo estrecharé en lo sucesivo tu mano con la mia, deslizaré la otra en los rizos de tu cabellera, respiraré tu aliento, y estaré alerta contra un sueño profundo, para despertarte ántes que el mal que te atormenta llegue á tu corazon... ¿Duermes todavía?»

No... ya no... gracias á Dios.

No carece de interés para los hombres científicos el conocer los resultados de un nuevo medio que ha sido empleado al otro lado del Atlántico con el objeto de comprobar la existencia del fondo del Océano, y tambien el conocer de qué se compone. Un brick del gobierno americano, el *Dolphin*, encargado de una exploracion, ha permanecido últimamente por espacio de algunos dias en las aguas de Southampton. Este brick, cuya mision está relacionada con las investigaciones científicas del teniente Maury, ha salido de la bahía de Chesapeake el 31 de mayo, y ha completado á través del Atlántico una línea de sondaduras hasta Rockule, á la vista de la costa oeste de Escocia. La distancia de las sondaduras han sido, por término medio de 100 millas, despues ha recorrido una línea hasta las Azores, al Norte de las cuales, próximamente al paralelo de 43°, en direccion Sud-Oeste, se ha descubierto una elevacion de cerca de 6,000 piés en el fondo del Océano, indicando el suelo una bella sustancia amarilla calcárea, mezclada con una porcion pequeña de arena muy fina. Despues de haber dejado las Azores, el *Dolphin* ha tomado la direccion Oeste, logrando siempre tocar fondo. Navegando al Norte, hizo una línea recta hasta las Tres-Chimeneas, donde halló fondo á 1,900 brazas de profundidad.

Allí el teniente Berquian, que mandaba el buque, viendo que el tiempo no era favorable para continuar sus investigaciones, se dió á la vela para Southampton. La mayor profundidad que se ha medido, ha sido de 3,130 brazas, de 41 á 43° de latitud, y de 51 á 56° de longitud.

Los exploradores han traído muestras del suelo que han tocado en diversas sondaduras, las cuales serán sometidas al análisis de una comision científica en Washington. Tambien se ha examinado la temperatura del agua en diferentes profundidades. En todo el curso de

estas observaciones, se ha prestado particular atencion á la anchura, á la profundidad y á la fuerza de las corrientes en diferentes partes del Océano, y han sido anotadas con cuidado para examinarlas despues á fondo. El *Dolphin* recorrerá, cuando el tiempo se lo permita, una línea de sondeo hasta la costa oriental de las Azores, parte del Atlántico, que no ha sido todavía explorada.

Lo que ha impedido hasta hoy que las anteriores exploraciones hayan dado un resultado satisfactorio, ha sido la falta de un aparato perfecto de sondeo. En las

precedentes tentativas, la gran dificultad ha sido siempre recoger el peso cuando habia tocado el fondo del mar; y es un hecho muy conocido, sobre todo de los marinos, que al sondear en el mar una profundidad grande, la sonda, por fuerte que sea, no puede ser recogida cuando ha tocado fondo. Bajo este aspecto, los americanos merecen elogios, porque acaban de inventar un mecanismo, por medio del cual, el peso al tocar al suelo se separa inmediatamente, y la sonda puede entónces ser recogida fácilmente, trayendo consigo una muestra del fondo que ha tocado.

Un junco chino.

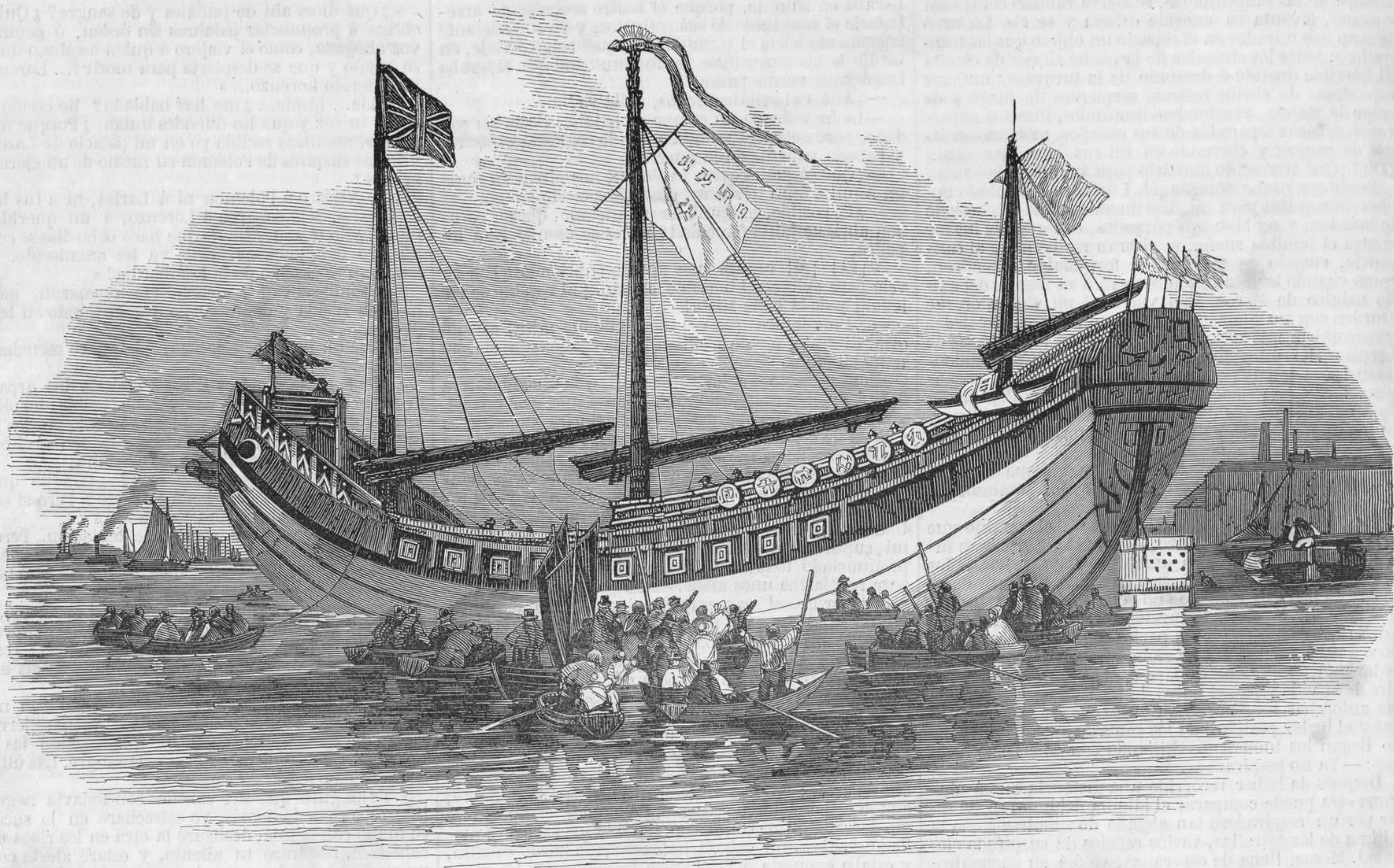
Dase en las Indias Orientales el nombre de junco á una embarcacion tal como la que representa el dibujo que damos hoy á nuestros lectores. Este es un buque chino, el primero de los de aquella nacion que ha pasado hasta ahora el cabo de Buena-Esperanza y arrojado el ancla en un puerto de Europa. Este junco de mas de 700 á 800 toneladas es conocido bajo el nombre de *Keynig*; tiene 160 piés de longitud por 33 de ancho, y 16 de profundidad. Sus tres mástiles son de palo de hierro, y el mayor de todos tiene 90 piés de elevacion por diez

de circunferencia en su parte inferior. Pero lo que da á este buque un carácter particular es la ausencia total de vergas cuadradas. Solo tiene tres velas espesas izadas arriba por medio de una cuerda muy gruesa de roten trenzado. La mayor de dichas velas, cuyas dimensiones son gigantescas, pesa sobre poco mas ó ménos nueve toneladas y se necesitan dos horas para izarla en el palo correspondiente.

Lleva el *Keynig* tres áncoras enormes de palo de hierro sujetas á cables de roten: el timon, de una construc-

cion singular está sostenido por dos fuertes cuerdas; y otras dos de estas sujetas á la base pasan por debajo de la cala de la embarcacion para venir á unirse en la proa.

Lo que chocha mas á los extranjeros que ven por la primera vez un junco chino, es la altura extraordinaria de su popa y su proa. Esta última en el *Keynig* se eleva á 30 piés, y la popa á 45 sobre el mar. Segun las ideas particulares de los chinos, la proa está adornada por un ojo inmenso que permite al navío ver el camino que ha



de seguir en el Océano. El exterior y el interior están pintados y sus decoraciones se diferencian tanto como su construccion de las de otras naciones.

El *Keynig* ha sido comprado en Canton, hace poco tiempo, por especuladores ingleses que muy á duras penas pudieron decidir al propietario á cederlo, porque los chinos prohiben la venta de los buques de su nacion á los extranjeros, bajo pena de muerte: así es que los compradores se han visto obligados á tomar diversos disfraces para penetrar en el país, y guardar el secreto de sus intenciones hasta el instante de su partida. Cuando se hicieron á la vela con una tripulacion de 30 chinos y 12 ingleses, fueron escoltados por una flotilla de barcas. Todos los vecinos de Canton quisieron ver el

primer buque chino que emprendia un viaje á Europa. El gobernador de la colonia sir John David, el almirante sir Tomás Cochrane, todos los oficiales de la flota, el comandante en jefe y las personas principales de la ciudad entraron á bordo, y cuando el *Keynig* salió del puerto fué saludado por una salva de los buques de guerra á que él contestó con una descarga de sus cañones.

La travesía habia sido bastante feliz hasta el 31 de marzo, dia en que doblaron el cabo de Buena-Esperanza; pero este dia el *Keynig* sufrió una violenta tempestad, luchando en esta ocasion ventajosamente contra los vientos y las olas, pues desafió al temporal con tanta ó mas fortuna que los navíos ingleses. El 17 de abril llegó á Santa-Helena donde recibió la visita del gober-

nador, del comandante de la estacion naval, y de casi todos los habitantes de la isla. A su salida de Santa-Helena, el comandante pensaba dirigirse en línea recta á Lóndres; pero los vientos y las corrientes le hicieron desviarse considerablemente de dicha línea: sus provisiones se habian acabado: la tripulacion cansada de un viaje tan largo empezaba á murmurar, y así resolvió ir á descansar á New-York.

El *Keynig* obtuvo tan buen éxito en los Estados-Unidos, que el capitán Kellett se decidió á descansar todavía en Boston. Habiendo salido de este punto llegó dichosamente á Jersey desde donde se trasladó luego á Lóndres siendo allí visitado por la multitud y admirado por todo el mundo.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 13 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 13 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ Y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA Y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 " "	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.